
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
EL EJERCITO
SIN ALMA
por el PROFESOR HASLEY

Profesor HASLEY

EL EJERCITO SIN ALMA

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 – VALENCIA




EL EJERCITO SIN ALMA

printed in spain
DepÓsito legal V-538—1959.
EDITORIAL VALENCIANA—VALENCIA



CAPÍTULO PRIMERO

LA inesperada salida de la base “Cielo Cubierto” y el hecho de que se cerraran las pesadas compuertas que cegaban el túnel de entrada había congregado a todos los trabajadores en la pequeña plaza donde estaba el cuerpo de guardia.

—¿Usted comprende lo que pasa, Donovan? —preguntó el comandante.

El científico hizo un gesto vago y habló con voz lenta y casi desesperado.

—No sé qué pensar de todo esto—dijo.

—¡Pero usted es algo ahí dentro! ¿Acaso no recibió instrucciones de su superior?

Donovan movió la cabeza afirmativamente.

—Recibí orden de evacuar la base, sin más explicaciones. En cuanto a la clausura del túnel no sabía ni lo más mínimo.

—¿Dónde está Dave Rodney?

—Quedó ahí dentro. Con él están el Jefe de Seguridad Interior,

la señorita Benson y Lester Jiffer.

— ¡Pero esto ha de tener alguna explicación! Esas compuertas no se han cerrado jamás y sólo están para el caso de que sufriéramos una invasión por parte de las huestes de Yablonoi Khan.

—Insisto en que no sé nada.

La multitud de trabajadores estaba agrupada en tomo a los dos hombres y escuchaba en silencio el breve y dramático diálogo.

Algunos de ellos miraban temerosos hacia la nube violácea que se cernía sobre sus cabezas y que, en estos momentos, iluminaba con un tinte sangriento la escena.

Desconocedores de la tragedia que se había desarrollado en el interior, achacaban aquella situación a la proximidad de un ataque y en sus mentes se iba perfilando la idea de la traición.

— ¡Queremos que se nos explique lo que sucede! —gritó alguien.

— ¡Esto es una encerrona para que seamos las primeras víctimas!—dijo otro.

Como una marea que va ganando fuerza, segundo a segundo, las voces se fueron multiplicando hasta formar un clamor tormentoso y confuso.

— ¡Derribemos esas puertas como sea!—sugirió un tercero.

La marea humana se agitó durante breves segundos y pareció que iba a lanzarse contra la primera de las moles de acero que tenían ante sus ojos.

Donovan, comprendiendo el peligro, se levantó de un salto sobre una pequeña elevación y abrió los brazos reclamando silencio.

— ¡Oídme! ¡Oídme un momento!—gritó intentando dominar el poderoso murmullo que salía de las gargantas de aquellos hombres.

— ¡Queremos entrar en la base!—rugió simultáneamente un centenar de voces.

— ¡Escuchad! ¡Por esas puertas pasa una corriente de alta tensión, y quienquiera que ose acercarse perecerá carbonizado!

— ¡Queremos salvarnos o morir todos!-—gritó un mecánico de mandíbula cuadrada y fuerte musculatura.

— ¡Vamos a la puerta de acero y estudiaremos el modo de volarla!—propuso el primero que había lanzado la idea de volver al interior de la base.

— ¡Deteneos! ¡Deteneos! —gritó Donovan con toda su potencia, mientras el jefe de la guardia daba orden a sus soldados de cargar contra la multitud.

Pero las medidas habían sido tomadas demasiado tarde. Algunos cientos de obreros fueron detenidos por las filas de soldados, pero la mayoría avanzaba corriendo hacia la ciclópea puerta.

— ¡No dejaremos que sigáis engañándonos!—le gritó a Donovan uno de aquellos hombres a los que el terror lanzaba a una muerte cierta.

Donovan les gritaba enérgicamente, pero no tardó en ser desbordado por la muchedumbre.

Durante una fracción de segundo se sintió impotente para reaccionar, pero, de súbito, tuvo una idea salvadora.

Con gran rapidez se quitó el reloj de oro que llevaba en su muñeca, lanzándolo con fuerza por encima de las cabezas de aquellos hombres.

El pequeño aparato de medir el tiempo describió una parábola y fue a estrellarse contra la puerta de acero.

Un cárdeno relámpago, acompañado de un seco y sobrecogedor chasquido, repartió por el ambiente sus tintes verdes y azulados, apagando por un instante los rojos matices que proporcionaba la rojiza nube electro-magnética.

Aquella demostración fue más eficaz que todas las desesperadas advertencias de Donovan.

La furiosa multitud retrocedió espantada ante la prueba de la veracidad de las palabras de Donovan y vio como se fundía el reloj antes de llegar al suelo.

Un silencio sobrecogedor vino a sustituir la terrible baraúnda de unos segundos antes.

El jefe de la guardia aprovechó aquella momentánea calma para disponer sus fuerzas cubriendo ia entrada del túnel.

Donovan volvió a tomar la palabra.

—Habéis visto que no os engañaba—dijo.

—¿Qué va a sucedemos, Dios mío?—exclamó alguien.

—Debéis dominaros—insistió Donovan—. Nuestros servicios de tele-radio están intactos y pronto sabremos a qué atenernos.

El jefe de la guardia dirigió una última orden a sus hombres.

—Si se acercan abrid fuego.

Luego se dirigió hacia su puesto de mando, con la intención de comunicar por tele-radio con el Cuartel General.

Donovan, mientras tanto, siguió hablando a los trabajadores, procurando llevar con sus palabras la serenidad a sus agitados espíritus.

Unos minutos más tarde salía de nuevo el jefe de la guardia y se situaba al lado de Donovan.

—¡Oídme todos!—dijo—. Del Cuartel General me comunican que, por el momento, la situación está en calma y nada tenemos que temer.

—¿Por qué han cerrado el túnel?

—De eso saben lo mismo que nosotros—replicó el oficial—. Ha

sido un acto decidido por el jefe de la base y el Jefe de Seguridad Interior.

Aquellas palabras no aclaraban la situación, pero llevaron algún sosiego al corazón de aquellos hombres.

—Ahora intentaremos comunicar con el interior de la base—dijo el comandante—. Quizás puedan explicarnos lo que ha sucedido.

Se introdujo nuevamente en su puesto de mando e intentó la comunicación.

—Jefe de la guardia llama a "Cielo Cubierto". Jefe de la guardia llama a "Cielo Cubierto". Contesten.

Esperó unos segundos y volvió a repetir la llamada, pero fue en vano.

Donovan cogió el micrófono y lo acercó a sus labios.

—Grey, Lester, ¿por qué no contestan? ¿Ha sucedido algún accidente?

Sus palabras fueron inútiles.

—Conectaré él televisor—dijo el comandante.

Dio la vuelta a una pequeña clavija y en la pantalla se perfiló el interior del despacho de Dave.

— ¡No hay nadie!—exclamó el comandante.

—¡Dave! ¡Lester! ¿No me oyen?—gritó Donovan.

Durante unos segundos se miraron los dos hombres que tan angustiosamente intentaban comunicar con el interior de la base.

—No puedo entender lo que sucede—murmuró el jefe de la guardia.

—Dave Rodney parecía haber cambiado mucho —dijo Donovan —. Estoy temiendo que se haya vuelto loco.

—¿Y los demás? ¿Qué podemos pensar de los demás?

En aquel instante llegó hasta los dos hombres un griterío ensordecedor y los obreros que esperaban en la plaza salieron corriendo despavoridos en todas direcciones.

—¿Qué demonios sucede ahora?—bramó el militar con un tono de sorpresa en la voz.

—Salgamos—aconsejó Donovan.

Abandonaron el puesto de mando y salieron precipitadamente.

Algo sucedía que no acertaban a comprender.

Los hombres que esperaban el resultado de sus gestiones huían despavoridos y parecían presos de un miedo invencible.

Donovan intentó detener a alguno de ellos pero le fue imposible. Lo empujaron sin la menor consideración y cayó al suelo, donde estuvo muy cerca de ser pisoteado por los obreros en loca desbandada.

El propio comandante le ayudó a levantarse y sus miradas sorprendidas se cruzaron por un instante.

Un joven teniente se acercó.

—¡Mire, mi comandante!—dijo al tiempo que señalaba con el brazo extendido hacia los conos montañosos por los cuales salía el gas que constituía la nube electro-magnética.

Unas poderosas columnas de humo verde se elevaban hacia el cielo y eran arrastradas por el viento hacia lejanos parajes.

—¿Qué cuernos significa eso, Donovan?—-preguntó el jefe de la guardia.

Donovan miraba elevarse aquellas columnas gaseosas y una palidez mortal cubrió sus facciones.

Los obreros dicen que eso significa la muerte para todos—intervino el teniente.

— ¡Dios mío!—exclamó Donovan.

—¿Es cierto lo que dice este hombre?—volvió a preguntar el comandante.

—Sí—respondió Donovan con un hilo de voz—. Son gases radiactivos, capaces de envenenar a todo el país si no conseguimos pronto evitar que sigan formándose.

—¿Puede usted hacer algo?

—Tendría que entrar en el interior de la base para ello—respondió Donovan—. El dispositivo de mezclas ha sido modificado por alguien.

El comandante se volvió hacia su subordinado.

— ¡Teniente!

— ¡A la orden, señor!

—Preparen los cohetes atómicos individuales. ¡Hemos de derribar esas puertas!

El teniente partió a cumplir la orden.

En el cielo, los gases violáceos y verdosos se mezclaban, presentando una fantástica gama de colores, que a Donovan le parecieron los colores que debía llevar la túnica de la muerte.

CAPÍTULO II

EN el interior de la base reinaba un silencio absoluto, solo quebrado por el sordo y suave gruñir de las máquinas, las cuales funcionaban bajo el control de sus pilotos automáticos.

En la cabina circular y en el pasillo que conducía a ella la visión no podía ser más espantosa.

Beetchman yacía completamente inmóvil, con el cráneo destrozado por el golpe que le diera Lester con la culata del revólver.

El gesto diabólico de sus facciones en el momento de disparar contra Lester se había dulcificado con la muerte y parecía haber apartado de sí una vaga y atormentadora sombra.

Grey y Lester respiraban fatigosamente y sangraban por sus heridas.

La hermosa muchacha estaba herida en un hombro y Lester tenía atravesado el estómago por una bala que ponía en grave peligro su vida, si una rápida intervención quirúrgica no venía a remediar la situación.

—Dave... Dave...—musitó Grey en su semiinconsciencia.

Lester oyó la voz de la muchacha que le pareció venir de muy lejos.

El hombre tenía las manos crispadas sobre su estómago y luchaba desesperadamente por no dejarse dominar por el dolor y recuperar la consciencia.

—¿Por qué lo has hecho?—volvió a murmurar Grey.

Lester se aferró a aquellas palabras, intentando que fueran el asidero que le permitiera volver al dominio de sus facultades mentales.

Pero un río de sombras tiraba de él, intentando hundirlo definitivamente en su oscura vorágine.

Durante un tiempo que no podría precisar perdió el conocimiento.

Fueron unas nuevas palabras de Grey las que le devolvieron a la consciencia de las cosas.

— ¡Dave! ¡No lo hagas, Dave!—gritaba la muchacha.

Lester abrió los ojos y abarcó la escena de una sola mirada.

Dave se había levantado en un supremo esfuerzo v se apoyaba contra la pared, incapaz de valerse por sí mismo.

Un agujero en una de las perneras de su pantalón indicaba claramente cuál era el lugar donde hiciera blanco la bala que le disparó Lester.

Los ojos de Dave brillaban intensamente y sus facciones se contraían a causa del dolor que le producían sus movimientos.

Sin embargo, su decisión era firme. Lentamente se aproximaba hacia el cuadro de mandos, con los ojos terriblemente fijos en la palanca que regulaba la mezcla de los gases que formaban la nube electro-magnética.

— ¡No, Dave, no!—volvió a gritar Grey.

La joven hizo un supremo esfuerzo y consiguió incorporarse. Una palidez mortal invadía sus facciones y un rictus de dolor le descomponía el rostro.

Dave avanzaba lenta pero inflexiblemente y su mano, deslizándose por la pared, comenzó a progresar hacia la palanca.

Grey sacó fuerzas de flaqueza y se fue arrastrando hacia el hombre que amaba, el cual parecía haber perdido el juicio.

—¡Vuelve en ti, Dave!—suplicó la muchacha—. No hagas eso.

Pero nuestro hombre parecía insensible a todo.

Grey consiguió llegar a los pies de Dave y se abrazó desesperadamente a las piernas de éste.

—¿Qué han hecho de ti, amor mío?—gimió la mujer con voz débil—. Soy Grey; ¿no me conoces?

Dave la miró durante unos segundos y en su rostro pareció dibujarse la expresión de una terrible lucha. Pero esto fue tan sólo un instante. Seguidamente se endureció su expresión y apartó de un rodillazo a la mujer que tan patéticamente le suplicaba.

Su mano cayó sobre la palanca y modificó totalmente su posición.

Lester había visto la escena y su asombro no tuvo límites.

¿Cómo podía comportarse así su amigo? No cabía la menor duda de que se había vuelto loco.

Lester sabía muy bien lo que significaba el que Dave hubiese modificado la posición de la palanca. Los gases dejarían de mezclarse en las proporciones adecuadas y espesas nubes de gases radiactivos serían empujadas por los vientos hacia los más apartados rincones del país, llevando la muerte a todos sus habitantes.

Había que hacer algo y ese algo tenía que hacerlo él.

Grey había caído al suelo a consecuencia del golpe que le propinara Dave y lloraba acongojada, incapaz de incorporarse nuevamente.

Lester se apretó con una mano el estómago y se apoyó con la otra para levantarse.

Un titánico esfuerzo permitió al gigante ponerse de pie.

Dave estaba reclinado contra la pared y su mano aún descansaba sobre la palanca del dispositivo, como si quisiera asegurarse de que se cumplieran sus siniestros propósitos.

A través del velo de bruma que empañaba sus ojos vio avanzar hacia él a Lester.

El hercúleo hombre de ciencia avanzaba pesadamente y a cada paso se intensificaba el gesto de dolor que mostraban sus facciones.

Tambaleándose consiguió llegar hasta Dave y lo miró frente a frente.

—¡Estás loco, Dave!—dijo.

Alargó la mano hacia la palanca para volverla a su posición primitiva, pero Dave le golpeó el rostro con su puño cerrado.

El golpe no dolió a Lester en lo físico, pero sí en el corazón. Dave era su íntimo amigo, ¡casi su hermano!

— ¡Dave!—exclamó sordamente.

Este volvió a golpear el rostro del gigante con fría determinación, aunque carecía de fuerzas para hacer eficaces sus golpes.

Lester no pudo contenerse.

— ¡Tú lo has querido, Dave!—dijo.

Al tiempo que exclamaba estas palabras hizo describir a su brazo una curva en el aire y lo descargó contra el pecho de su amigo.

Dave salió disparado y cayó al suelo como un guiñapo.

En el pecho de Dave, debajo de sus ropas, Lester había tropezado con un objeto muy duro, cuya naturaleza no podía precisar. ¿Qué podía esconder allí su antiguo jefe y amigo?

A pesar de los terribles sufrimientos físicos que taladraban su carne aún se sintió acongojado y entristecido al ver a su amigo tendido en el suelo y sin conocimiento, a consecuencia del golpe que le había dado.

Pero no pudo detenerse mucho tiempo en tan lamentable cuestión. Sentía que las fuerzas comenzaban a abandonarle y tenía que obrar rápidamente.

Avanzó su mano trémula y asió la palanca que regulaba los gases de la nube electro-magnética.

Lentamente devolvió la palanca a su posición primitiva. Gruesas gotas de sudor perlaban su frente y los ojos tenían una mirada vidriosa que era incapaz de percibir con claridad los objetos.

A tientas palpó el cuadro de mando y sus dedos se posaron sobre el botón que accionaba las compuertas del túnel de entrada.

Vaciló un momento. Su cerebro, terriblemente debilitado, era incapaz de ordenar a la mano el movimiento necesario para accionar el resorte.

Hizo un supremo esfuerzo y consiguió oprimir el botón.

Hasta allí habían llegado las fuerzas de aquel hombre de poderosa vitalidad.

Lentamente se fue deslizando por la pared hasta llegar al suelo.

Un zumbido fue creciendo bajo la bóveda de su cráneo, hasta parecer que iba a hacerle estallar la cabeza.

Durante unos segundos respiró fatigosamente e intentó conservar el conocimiento. Un lejano rumor de voces pareció llegar a sus oídos desdé algún punto lejano. Luego nada. Una profunda oscuridad le anegó los sentidos y se fue desplomando hacia un lado, hasta quedar tendido en el suelo, en grotesca posición y con los ojos abiertos en los cuales apenas si quedaba un leve resplandor de vida.

CAPÍTULO III

EL general Ellington y el profesor Carneggie no podían disimular su nerviosismo. Advertidos por Donovan y el jefe de la guardia, habían acudido al hospital a donde fueron trasladados Dave y sus amigos.

La oportuna intervención de Lester había permitido la entrada a los hombres que esperaban afuera y rápidamente se tomaron las medidas necesarias para una pronta asistencia a los heridos.

Mientras en el quirófano de uno de los hospitales de Nueva York tres expertos cirujanos se encargaban de los tres heridos, Ellington y Carneggie paseaban por la antesala en espera de las primeras noticias.

—No he conseguido comprender ni una sola palabra de las explicaciones que me dio Donovan—comentó el general—. ¿Qué diablos puede haber sucedido a esas personas?

—Esperemos a que alguien recobre el conocimiento y sabremos a qué atenernos—replicó Carneggie.

—No quiero ocultarle la gravedad del asunto, profesor. El Jefe de Seguridad Interior ha perdido la vida en la pelea y sólo puede habérsela quitado uno de los tres.

—Dave, Grey y Lester se llevaban admirablemente—dijo el profesor—. No comprendo cómo pueden haber luchado entre sí tan despiadadamente.

Uno de los médicos ayudantes salió breves instantes y se dirigió a los dos hombres.

—¿Qué noticias hay?—preguntó el general.

La señorita Benson tenía una bala en el hombro. Ya se la hemos extraído y el asunto no presenta complicaciones.

—¿Y los otros dos?

—El de más gravedad es el señor Jiffer. Tiene perforado el estómago por un balazo y una rozadura en el pecho.

—¿Se salvará?—preguntó Carneggie, el cual sentía un verdadero afecto por los que en aquellos momentos tenían la vida pendiente de la habilidad de los cirujanos.

—La herida es grave, pero no creo que sea mortal—respondió el ayudante—. Las próximas horas nos lo dirán.

—¿Y Dave?—preguntó Carneggie.

—Una bala le ha roto el fémur de la pierna derecha. Pero hay

una cosa...

El hombre no terminó la frase.

—¿Qué cosa?—preguntó Carneggie con ansiedad.

El médico vaciló unos segundos y, finalmente, decidió guardar silencio.

—El cirujano jefe les explicará ahora cuando salga—dijo.

El general quiso insistir sobre el tema, pero el médico se excusó.

—Perdonen, pero hago falta ahí dentro. Les tendré al corriente de lo que suceda.

Dichas estas palabras volvió a entrar en el recinto del quirófano, dejando a los dos hombres sumidos en una mayor confusión.

—¿Qué habrá querido decir?—se preguntó el general en voz alta.

—Le vi vacilar—respondió el profesor—. Pareció, que no sabía cómo explicarse.

—Le aseguro, profesor, que no me esperaba una cosa como la que ha sucedido. El presidente Hore le da mucha importancia al asunto y confieso que yo también se la doy.

—¿Pueden haber tenido parte en esto algunos agentes enemigos?

El general miró de soslayo al profesor y guardó silencio durante unos segundos.

—¿Pero no se da cuenta, profesor Carneggie? ¡Los agentes del enemigo o, al menos, alguno de ellos, están en ese quirófano!

La respuesta del general llenó de estupefacción al profesor.

—¿Quiere decir que Dave, Lester o Grey han cometido un acto de traición?

—¿Qué otra cosa se puede pensar? En el interior de la base sólo quedaron ellos y Beetchman. Este último ha sido asesinado, quizás por querer oponerse a los designios de los demás.

— ¡Pero eso que usted dice es imposible!—exclamó el profesor.

—¿No ha oído como yo de labios de Donovan que se modificó la mezcla de gases, dejando escapar una nube radiactiva que hubiera acabado con todos nosotros?

— ¡Pero el error fue rectificado antes de que entrara nadie en la base nuevamente!—exclamó el profesor.

—Eso es cierto. Y también abrió alguien las puertas que cierran la entrada del túnel. Es posible que el traidor sea uno solo y los demás lucharan para evitar que consiguiera sus siniestros propósitos.

Aquellas palabras del general hicieron pensar al profesor, pues eran de una lógica aplastante. Y si había un traidor, ¿quién de todos era?

—Dave estaba muy raro después de su rapto—insinuó el general.

Carneggie hubiera querido rebatir aquella idea, alejando la sospecha del general, pero no encontró los argumentos con los que poder llevar adelante su propósito.

Transcurrió media hora más y el general tuvo que contestar a dos llamadas de radio-teléfono que le hizo el presidente Hore.

—Todas las fuerzas del país están movilizadas —dijo al profesor —. Algunos agentes saboteadores del enemigo han desembarcado en nuestras costas hace algunos días y es preciso que demos con ellos.

—Empiezo a creer que esta fase de guerra a distancia va a terminar de un momento a otro—murmuró el profesor, amargamente.

—Lo mismo creo—respondió el general—. Intentarán por todos los medios destruir la central generadora de la nube electromagnética y entonces lanzará contra nosotros todo su poderío ese diablo de Yablonoi Khan. Esos pensamientos son los que me hacen sospechar que uno de los heridos está al servicio de nuestros adversarios y ha intentado poner en marcha un plan que hubiera podido ser un golpe decisivo.

Apenas había terminado de pronunciar estas palabras cuando volvió a abrirse la puerta del quirófano y el cirujano jefe se dirigió al encuentro de los dos hombres.

—¿Cómo van las cosas, doctor?—preguntó el general.

—Todas las operaciones han salido a entera satisfacción y creo que los tres se recuperarán satisfactoriamente. El de mayor gravedad es Lester.

—Sí, ya nos lo dijo su ayudante—comentó el profesor.

—¿En cuanto a Beetchman? — preguntó el general.

—No pudimos hacer nada. Estaba ya muerto cuando ingresó aquí.

—¿Cuáles fueron las causas exactas de su muerte?—preguntó el general.

—Recibió un golpe de enorme violencia en el cráneo, quizás dado con la culata de una pistola. Su muerte debió ser instantánea.

—Es la pistola con la culata manchada de sangre que encontramos en el suelo—dijo el general dirigiéndose al profesor.

El cirujano jefe había inclinado la barbilla sobre su pecho y parecía meditar profundamente.

—Respecto a Beetchman y a Dave quería decirles algo—dijo al cabo de unos segundos.

—¿Qué es ello?—preguntó el general.

El cirujano jefe pareció no encontrar las palabras que buscaba.

—Mejor será que lo vean ustedes mismos—dijo—. Síganme, por favor.

La inesperada invitación pilló de sorpresa a los dos hombres, pero se apresuraron a seguir tras los pasos del médico.

Este se detuvo ante una de las mesas de operaciones, donde se dibujaba, bajo la fina trama de una sábana de hilo, el cuerpo de un hombre.

—Es Beetchman—dijo sencillamente el doctor—. En él fue en quien primero descubrimos lo que ha causado nuestro mayor asombro y por lo cual les he invitado a seguirme.

Tanto el general como Carneggie no podían evitar un creciente sentimiento de curiosidad al oír aquellas palabras.

—¿A qué se refiere usted exactamente, doctor? —preguntó el. general.

—Véanlo ustedes mismos—dijo el cirujano.

Hizo una seña a uno de sus ayudantes y éste bajó la sábana a la altura de la cintura de Beetchman.

El cadáver estaba terriblemente desfigurado, pero los ojos de todos los presentes se dirigieron hacia un solo sitio.

Sobre el pecho de Beetchman había una especie de cinturón, de unos ocho centímetros de ancho por uno de grueso, al parecer de platino.

—¿Qué es eso?—preguntó extrañado Ellington.

—Es una pregunta que nos hemos hecho todos nosotros—replicó el cirujano— ¿Qué es eso?

Aquel cinturón metálico rodeaba el pecho de Beetchman y se escondía por debajo de las axilas para llegar hasta la espalda.

—¿Y dice que Dave tiene algo parecido?—preguntó Carneggie.

—Vengan y lo verán.

Alcanzaron la mesa donde estaba tendido Dave y pudieron ver que era cierto lo que les dijera el doctor.

—Levántenle el torso procurando que no mueva las piernas— ordenó el cirujano.

Dos ayudantes manipularon la mesa articulada y Dave quedó en posición de sentado. Tenía los ojos abiertos y parecía ser consciente de cuanto pasaba alrededor suyo.

—¡Dave!—exclamó el profesor—. ¿Cómo se encuentra, muchacho?

Pero nuestro amigo no parpadeó siquiera. Con la mirada fija delante pareció ignorar al profesor.

—Es inútil—dijo el cirujano—. No le responderá.

—¿Aún no le ha pasado el efecto de la operación?—preguntó el profesor.

—Nada de eso. Parece encontrarse bien, pero se niega a hablar

en absoluto.

—¿Por qué, doctor?—preguntó Ellington.

—¿Quizás está bajo los efectos de un shock psíquico?—insinuó el profesor.

—Eso es lo más desconcertante. No tiene ningún shock. Mentalmente se encuentra en perfectas condiciones; sin embargo, parece como si no fuera dueño de su voluntad.

—¿Pero a qué causa cabe atribuir semejante situación?—preguntó Carneggie.

El doctor levantó los hombros.

—Quizás la explicación esté aquí—dijo al tiempo que hacía una seña a sus ayudantes.

Dos de éstos inclinaron el cuerpo de Dave hacia adelante y sus espaldas quedaron al descubierto.

—Miren—dijo el cirujano.

El más vivo asombro se dibujó en los ojos de los dos hombres.

El cinturón de platino que rodeaba el pecho de Dave pasaba por debajo de sus axilas y venía a conectarse a dos piezas del mismo metal.

Estas dos piezas recubrían los omóplatos de nuestro amigo y se engarzaban en el hueso mismo mediante unos pequeños tornillos que atravesaban la carne.

—Quien haya hecho esto es un cirujano que podría enseñarnos muchas cosas—dijo el doctor—. Los agujeros practicados en la carne están perfectamente cicatrizados y los tornillos han sido remachados por la cara interna del omóplato. ¡Una operación verdaderamente maravillosa!

Ellington y Carneggie miraban asombrados aquello, ajenos al entusiasmo profesional del galeno.

—¡Es sencillamente horroroso!—exclamó el general.

—¿Quién puede haber hecho una cosa semejante?—preguntó Carneggie.

—No se me ocurre quién pueda ser la persona capaz de hacer esto—respondió el doctor.

Carneggie miró con atención y pudo distinguir más detalles. De las atornilladas planchas de platino salían dos rígidas varillas que venían a incrustarse entre dos vértebras de la columna vertebral.

—Esto no es tan sencillo como parece—murmuró.

—¿A qué se refiere usted?—preguntó el cirujano.

Carneggie contestó con otra pregunta.

—¿Piensa operarle, doctor?

—Creo que es mi deber. Hemos reconocido muy a fondo a este hombre y no comprendemos para qué pueda serle necesario ese extraño aparato.

—Me gustaría que pudieran entregarme esa extraña pieza sin deterioro.

—Creo que eso no será difícil.

Llegados a esta conclusión, se dirigieron hacia la mesa de operaciones donde estaba Grey. La muchacha ya se había recobrado bastante y sus primeras palabras fueron dirigidas con ansiedad al profesor.

—¿Cómo está Dave? ¿Y Lester?

Fue el cirujano el que contestó.

—Puede tranquilizarse, señorita. Creo que ambos salvarán la vida.

—¿Se encuentra en condiciones de relatarnos lo que sucedió en el interior de la base?—-preguntó el general.

Grey desvió la mirada y cerró los labios.

—No tenga ningún temor en hacerlo, Grey—intervino el profesor—. Estoy seguro de que Dave ha procedido contra su voluntad. Quizás su relato nos permita ayudarle.

— ¡No es el mismo!—exclamó Grey.

—Ayúdenos y nosotros le ayudaremos a él—dijo el general—, de lo contrario me veré precisado a que se abra un expediente por alta traición.

Grey estaba desorientada y no sabía qué partido tomar.

Fueron las cariñosas y comprensivas palabras del profesor las que acabaron por decidirla.

—Usted sabe que yo quiero a ese muchacho—le dijo—. Será mejor que nos cuente lo sucedido.

Grey se hizo el ánimo tras vacilar unos segundos he hizo un detallado relato de lo sucedido, a partir del momento en que Dave se reincorporó a su trabajo.

— ¡Estoy segura de que ha procedido bajo los efectos de alguna sugestión extraña!—exclamó apasionadamente—. ¡Dave nunca ha sido así!

— Estudiaremos el asunto profundamente antes de tomar ninguna determinación—prometió el general.

— ¡Algo debió ocurrirle mientras estuvo prisionero!—sollozó la muchacha.

—Tranquilícese—dijo cariñosamente el profesor—. Yo también tengo fe en Dave.

Se despidieron de la muchacha y, abandonaron el hospital, haciendo prometer al director del mismo que les tendría al corriente de la evolución de los tres pacientes.

—No sé qué pensar de todo esto—confesó el general cuando ya subían al coche que les esperaba.

—El asunto es complicado por más de una cosa —admitió el

profesor—. ¿Se ha fijado bien en ese cinturón metálico que aprisiona el pecho de nuestro amigo?

—Beetchman llevaba otro igual.

—He podido comprobar que ambos están huecos.

—¿Y qué conclusión saca de ello?

—Ninguna por ahora, pero espero examinar uno en mi laboratorio para poder precisar la utilidad de ese extraño artefacto.

— ¡Me quitará un gran peso de encima en cuanto pueda darme noticias concretas sobre el asunto!

Carneggie no contestó nada, pero en su fuero interno pensó que quizás aumentarían las preocupaciones del general en vez de disminuir, si era cierta la hipótesis que se iba formando en su mente.

CAPÍTULO IV

PASARON varias semanas antes de que Dave se recobrara de las varias operaciones, que tuvo que padecer.

El profesor Carneggie, mientras tanto, dedicaba muchas horas de su tiempo al estudio de los extraños cinturones metálicos que le enviara el cirujano.

La primera sorpresa fue comprobar que en el interior del metálico cinturón había una gran cantidad de micro-aparatos, cuya estructura y uso no estaban nada claros.

El general Ellington estaba muy interesado en que el profesor acabara sus trabajos en aquel sentido, pues los interrogatorios a que había sido sometido Dave no arrojaron la menor luz sobre el asunto.

Nuestro hombre decía no recordar nada de lo que había sucedido en el interior de la base y no podía confirmar los extremos de lo que habían relatado Grey y Lester, estos últimos bastante restablecidos, de sus heridas.

Dave recordaba a la perfección cuanto le sucediera desde que partió con Beetchman[1] para un corto viaje de carácter secreto, según dijo el jefe de Seguridad Interior, hasta el momento que, a viva fuerza, fue puesto en una mesa de operaciones para ser sometido a una operación en la que Booda Simm y el extraño biólogo chino que les mostrara el fantástico parque zoológico actuaban de cirujanos.

A partir de ese instante lo había olvidado todo por completo.

Al general le era muy difícil creer todas aquellas cosas. El extraño rapto de nuestro amigo, hecho con la complicidad de Beetchman, el jefe de Seguridad Interior; el viaje a Urga, en la lejana Mongolia; la ciudad subterránea que viera Dave en aquel lugar. Todo le parecía francamente increíble, incluso la conversación sostenida por Dave con el fantástico Yablonoi Khan, el hombre que se daba a sí mismo el título de Conquistador del Mundo.

Sin embargo, había una cosa que, en cierto modo le inclinaba a conceder un margen de duda antes de castigar. Esta cosa era que Dave había permanecido en una extraña actitud hasta que le fue quitado el cinturón metálico que llevaba atornillado en sus propios huesos. A partir de aquel momento había sido otro hombre, prestándose de buena gana a contestar a cuantos interrogatorios se

le hicieron.

¿Era un farsante o realmente había actuado sin verdadera conciencia de sus actos?

Momentáneamente le sacaron de aquellas preocupaciones algunas noticias nada agradables: las huestes de Yablonoi Khan habían comenzado a dar señales de vida y varios agentes saboteadores fueron detenidos en el interior de los Estados Unidos.

Los aviones con cohetes atómicos de los Estados Unidos habían tenido algunos encuentros con los de Yablonoi Khan y los primeros no llevaron la mejor parte. La mayor parte de ellos habían hecho explosión en el aire, merced a una nueva arma que utilizaban los aviadores del Conquistador del Mundo.

Después de otra semana de angustias y preocupaciones llegó el momento en que Dave compareciera ante el Consejo Especial de Guerra, el cual tenía que decidir su culpabilidad o inocencia.

El presidente Hore, el general Ellington, el profesor Carneggie y el nuevo jefe de Seguridad Interior, llamado Webster, formaban el alto tribunal que tenía que decidir la cuestión.

Cuando llegó Dave a la antesala donde esperaría la orden de comparecer a la presencia del tribunal se encontró con una grata sorpresa: Grey estaba esperándole.

La muchacha estaba totalmente restablecida, aunque se adivinaba en su rostro el sufrimiento que atenazaba su alma por la situación que atravesaba Dave.

Durante unos segundos se miraron en silencio, incapaces de traducir en actos la emoción que les embargaba.

Fue Grey la primera en reaccionar.

— ¡Dave!—exclamó, al tiempo que se lanzaba en brazos del hombre que amaba.

Dave la oprimió fuertemente contra su corazón y, durante un minuto, sobraron todas las palabras.

— ¡Amor mío! ¡Amor mío!—murmuraba la hermosa muchacha.

— ¡Te quiero!—dijo sordamente Dave al oído de Grey.

Aquellas palabras fueron recibidas por la muchacha como un bálsamo capaz de curar todas las heridas de su corazón.

—Ya sé cuán cruelmente me comporté contigo —continuó Dave.

—No hablemos más de ello—suplicó Grey—. ¡Olvidémoslo todo como si hubiera sido una mala pesadilla!

—¡Te juro que no tenía ni la menor idea de lo que hacía! Los hombres de Yablonoi Khan se adueñaron de mi conciencia, sin que yo pueda saber cómo.

—Estoy segura de ello—susurró Grey—. ¡No podía ser cierto que traicionaras mi amor!

— ¡Vida mía!—exclamó Dave, con la voz a punto de quebrarse por la emoción.

Una voz sonó a sus espaldas.

—Después de la tempestad viene la calma.

Dave se desligó del abrazo de Grey y dio media vuelta.

— ¡Lester!

El hombre recibió con una sonrisa a Dave, pero le impidió que lo abrazara.

— ¡Cuidado! Aún llevo el vendaje, y las heridas no están del todo cicatrizadas.

Los dos hombres se estrecharon con efusión ambas manos.

—También a ti debo darte una explicación—insinuó Dave.

—Déjate de monsergas, viejo robot—replicó Lester, dando un aire jovial e intrascendente a sus palabras—. Por cierto que debo recomendarte que cuides de tu forma. ¡Me fue demasiado fácil ponerte fuera de combate de un modesto zarpazo!

Dichas estas palabras, el gigante lanzó al aire una estentórea carcajada..

—¡No sabes cuántas veces he agradecido a Dios el que pudieras hacerlo así!—admitió Dave.

—¡Aún hay hombre para rato!—sonrió Lester, al tiempo que abombaba desmesuradamente el pecho.

Durante unos minutos permanecieron juntos los tres amigos, casi olvidados de la terrible amenaza que pesaba sobre sus cabezas.

Fue un secretario del propio presidente el que vino a romper el encanto.

—Síganme, por favor.

Los tres amigos fueron introducidos en el despacho e invitados a sentarse frente a la larga mesa donde estaba dispuesto el tribunal.

Los cuatro hombres que lo constituían aparecían con gesto grave y preocupado.

Fue el propio presidente el primero en tomar la palabra.

—Este Tribunal Especial se ha constituido para juzgar a Dave Rodney por el supuesto delito de alta traición. Como testigos de cargo están la doctora en Ciencias Exactas Grey Benson y el ingeniero especialista en armas nuevas Lester Jiffer. Recuerdo a todos la grave situación por que atraviesa nuestra patria y todo el mundo occidental y, por lo tanto, la obligación que tienen de decir toda la verdad, sin que pueda ser empañada por afectos personales que, en este caso, determinarían una complicidad con la posible traición.

Los tres amigos prestaron juramento y comenzó el interrogatorio.

En primer lugar hablaron Grey y Lester. Luego, Dave hizo un

detallado relato de sus aventuras hasta llegar al momento en que perdió toda consciencia de sí mismo.

—¿Y no sabe usted qué clase de operación le hicieron esos cirujanos enemigos?—preguntó el presidente.

—Supongo que me pusieron el cinturón, del cual ya debe tener noticia el señor presidente.

—¿No recuerda cómo ni por qué procedimiento fue traído de nuevo a los Estados Unidos?—preguntó Webster.

—No, señor—contestó Dave—. Es como si una esponja hubiera borrado todos mis recuerdos durante ese período de tiempo.

Durante media hora continuaron las preguntas, al cabo de este tiempo sonó el radio-teléfono interior y el profesor Carneggie se puso al aparato.

Cuando hubo terminado su breve diálogo se volvió hacia el presidente y tomó la palabra.

—Ruego que se suspenda la causa durante unos minutos, pues espero aportar, una prueba definitiva de la inocencia de Dave.

El presidente accedió, no sin que sus ojos expresaran la extrañeza que le producía la proposición del sabio.

Cuando, una hora más tarde, volvieron todos a ocupar sus sitios, la decoración había cambiado sensiblemente.

Sobre la mesa, frente al profesor, había un pequeño aparato. Se trataba, al parecer, de una micro-emisora.

Una jaula de madera se encontraba en medio del despacho y el cirujano que había operado a los heridos se encontraba al lado de la jaula.

—¿Podemos reanudar la sesión?—preguntó el presidente.

—De acuerdo—asintió el profesor.

—¿Puede explicarnos qué significa todo esto? —preguntó el general Ellington.

—Ahora mismo satisfaré la curiosidad de todos —repuso el profesor, al tiempo que hacía una señal al cirujano.

El médico levantó una puerta de la jaula y un gran perro salió al exterior.

El cirujano lo mantuvo quieto, asiéndole por el collar, mientras todos se admiraban de lo que veían.

El perro llevaba alrededor de su pecho y sobre los omóplatos de las patas delanteras uno de los famosos cinturones metálicos.

—Explíquese, profesor—ordenó el presidente.

—Ese cinturón es el que llevaba Dave Rodney sujeto a sus propios huesos—dijo el sabio—, y completamente igual al que aprisionaba el pecho de Beetchman.

—¿Cuál es el objeto de esos cinturones?—preguntó Webster.

—Se trata de una de las armas más terribles de que disponen

nuestros enemigos. Yo le llamaría “el anulador de la conciencia humana”.

Las palabras del profesor habían creado una gran expectación y todos escuchaban con creciente interés.

—¿Quiere explicarse más detalladamente, profesor?—pidió Ellington.

—Haré una prueba previa y así será más fácil comprender mi explicación—dijo el profesor.

Se levantó de su asiento y pulsó un timbre. Un ayudante del cirujano entró en el despacho, llevando en sus manos un plato de hierro con comida.

—Déjelo en este rincón—ordenó el profesor, señalando un lugar bastante alejado de donde se encontraba el perro.

El animal comenzó a gruñir al olfatear la comida y se removió inquieto, tirando del cirujano con enorme fuerza.

—Esta pobre bestia está tres días sin comer—informó el profesor —. Ustedes mismos pueden observar su irrefrenable deseo de lanzarse sobre ese plato de comida.

El cirujano tenía que hacer grandes esfuerzos para que el perro no se soltara y se abalanzase sobre el plato donde humeaba un poco de carne cocida.

El profesor Carneggie se sentó de nuevo y pasó sus manos por el aparato que tenía ante sí.

—Puede soltarlo, doctor—dijo el profesor suavemente.

El cirujano aflojó la presión de sus dedos sobre el collar del perro y el animal salió disparado hacia el plato de carne humeante.

Con enorme voracidad se lanzó sobre la comida y comenzó a devorarla.

Todos miraban con enorme expectación, sin saber a dónde quería ir a parar el sabio profesor.

—Observen ahora—advirtió.

Modificó la posición de un pequeño conmutador y pronunció unas palabras a través de un pequeño micrófono.

— ¡Basta! ¡Basta! ¡Échate en el suelo!

El can había cambiado totalmente de actitud. A la primera palabra del profesor se detuvo totalmente en su tarea. Quedó rígido y con todos los músculos en tensión. Luego obedeció la orden de Carneggie y se echó al suelo.

— ¡Extraordinario!—exclamó el general Ellington.

El humeante plato de comida estaba ante las mismas narices del perro y éste lo miraba con ojos fijos y como ausentes, pero no daba las más mínimas muestras de desear comerlo.

—¿Cómo lo ha conseguido, profesor?—preguntó el nuevo Jefe de Seguridad Interior.

— ¡Márchate de aquí!—volvió a ordenar el profesor a través del micro.

El animal se levantó y se dirigió lentamente hacia la puerta, mientras ahogaba en su garganta un tenue aullido.

El profesor volvió a maniobrar en el conmutador y el perro se recobró instantáneamente. Dio una veloz media vuelta y volvió a lanzarse sobre el plato de comida, que esta vez pudo devorar tranquilamente, mientras el profesor miraba con una sonrisa de triunfo a sus asombrados interlocutores.

—Ahí tienen la explicación del comportamiento de nuestro amigo Dave Rodney—dijo con voz pausada.

—No consigo entenderlo del todo—intervino el presidente Hore.

—Un detenido estudio de ese diabólico cinturón —prosiguió Carneggie—, me demostró que era un complicado receptor de radio de modelo especial. Los dos brazos que se conectan a la columna vertebral transmiten al cerebro, a través de la medula espinal, unos impulsos categóricos, que anulando la voluntad, obligan al individuo a obedecer cuantas órdenes se le transmiten.

—¡Sencillamente fantástico!—admitió el presidente.

—Cuando llegué a esa conclusión, solicité la colaboración del doctor para que le fuera aplicado ese cinturón a un perro de gran corpulencia como éste. El resultado lo conocen ustedes tan bien como yo.

—El perro conoce las palabras que le ha dirigido el profesor—intervino el cirujano— y las ha obedecido, a pesar de la gran hambre que padece. Igualmente podríamos hacerle realizar cualquier otro acto.

—El hecho de que el cinturón fuera fijado a los huesos mismos—confinó el profesor—obedece al deseo de que la víctima de ese monstruoso aparato no pudiera desprenderse de él por un mero accidente. De esta manera, nuestros enemigos se aseguran la sumisión del desdichado que cae en sus manos, obligándole a trabajar para ellos.

—¡No podían tener un mejor servicio de espionaje¡—exclamó el general.

—¿Entonces Beetchman...?

El presidente no acabó la frase y fue el profesor el que lo hizo.

—Involuntariamente era un agente del enemigo. No sé en qué circunstancias debió caer en manos de los hombres de Yablonoi Khan, pero es lo cierto que consiguieron esclavizarlo por medio de ese aparato, convirtiéndolo en un privilegiado agente suyo.

Mientras hablaban los hombres, el perro había dado buena cuenta de la comida y se había tumbado a los pies del doctor, moviendo el rabo satisfecho.

—El doctor se avino a practicar en su perro favorito las operaciones necesarias para que no pudiera desprenderse del cinturón—dijo Carneggie—. Todos debemos estarle muy reconocidos.

—Es un perro maravilloso—dijo el galeno, acariciándolo cariñosamente—. ¡No crean que no me resultó doloroso someterlo a esta tortura! Si no desean hacer ninguna prueba más lo intervendré de nuevo para librarlo de este invento propio del mismo diablo.

—Mi gobierno sabrá recompensar su abnegación, doctor—intervino el presidente—. Ha prestado usted un inapreciable servicio a nuestra causa.

El doctor agradeció con una sonrisa aquellas palabras y pidió permiso para retirarse, cosa que le fue concedida.

Seguido por su fiel perro atravesó aquella puerta y pronto se perdió de vista. Pero en la mente de todos perduró durante mucho tiempo la imagen del noble animal, con el cinturón rodeándole su poderoso pecho y las dos placas de platino atornilladas a sus huesos.

—La prueba ha sido convincente—dijo el presidente—. Creo que mis compañeros de tribunal estarán de acuerdo en que el reo debe ser absuelto, pues procedió bajo los efectos de fuerzas que anulaban su propia voluntad.

—Estoy de acuerdo—dijo el general.

—De acuerdo—respondieron los demás.

Grey no pudo contenerse y se refugió emocionada en los brazos de su amado.

— ¡Gracias, Dios mío!—exclamó.

Durante unos segundos, Dave recibió las alborozadas felicitaciones de sus amigos, bajo la benévola mirada del presidente.

El Jefe de Seguridad Interior tomó de nuevo la palabra para interrogar al profesor.

—Una última pregunta, profesor Carneggie.

—Diga usted, Webster.

—¿Cómo pueden controlar nuestros enemigos los movimientos de los hombres a los que hacen trabajar para ellos de tan extraordinaria manera?

—También eso tiene su explicación. En ese cinturón va un equipo de televisión de los de proyección parabólica. En el lejano Cuartel General de Urga, nuestros enemigos recogen en una pantalla las imágenes de cuanto sucede alrededor del hombre o mujer a quien tienen dominado por medio de estos aparatos. De ese modo pueden ordenarle lo que sea más oportuno en cada instante.

—¿Cómo ha llegado a esa conclusión?

—La micro-emisora existe y que es de proyección parabólica no

me cabe la menor duda. Concluir lo demás es cosa fácil. No hemos podido hacer una demostración aquí porque aún no está fabricado el reductor de onda que necesitamos, pero dentro de pocos días podremos comprobarlo.

Después de aquellas palabras, el presidente se levantó y estrechó la mano de Dave.

—Me alegra inmensamente que todo haya sido aclarado a entera satisfacción—le dijo.

—El mal que he podido hacer inconscientemente será reparado con mi actuación en el futuro—respondió Da ve con gravedad.

Lester se aproximó a su amigo y lo abrazó cordialmente.

—¡También yo me alegro, camarada!

—Pienso que aún debiste "darme" demasiado suave—sonrió Dave—. ¡Me merecía mucho más!

Durante unos segundos permanecieron abrazados fraternalmente los dos hombres.

Aquellas muestras de efusión fueron cortadas por la entrada de uno de los ayudantes del general, el cual le entregó con marcial apostura un despacho.

—De nuestra escuadra, señor—dijo.

El general pasó sus ojos por el papel color naranja y una profunda arruga de preocupación apareció en su frente.

—¿Qué dice ese despacho?—preguntó el presidente.

—Señor, me anuncian que nuestra escuadra acaba de entrar en combate con una poderosa flota enemiga. Creo mi deber reintegrarme a mi puesto de mando.

—Hágalo sin perder un minuto y téngame al corriente de las incidencias del combate.

El general Ellington abandonó el despacho presidencial y unos segundos más tarde lo hacían Dave y sus amigos.

La alegría había durado poco tiempo. Las palabras del general no podían tener más que una explicación: ¡Yablonoi Khan se había decidido a lanzar todas sus fuerzas contra el último reducto de la civilización occidental!

Los más amargos y difíciles días se aproximaban a pasos agigantados.

CAPÍTULO V

Dos días más tarde, las noticias no podían ser más desalentadoras. Los escasos efectivos de la flota de los Estados Unidos habían sido triturados por los navíos adversarios, despejando el paso hacia las costas a las fuerzas de Yablonoi Khan.

Dave, Grey y Lester fueron llamados con urgencia al Cuartel General de Ellington y desde allí reexpedidos a San Diego, en la costa Sur-occidental de los Estados Unidos.

Todo el país estaba movilizado y se esperaba de un momento a otro el ataque de los asiáticos.

La costa del Océano Pacífico hervía de soldados y una compleja red de trincheras de acero y cemento la recorría de Norte a Sur.

El general Ellington estaba demasiado ocupado y no perdió tiempo en explicarles cuál era el cometido al que se les designaba.

—En el Cuartel General de San Diego encontrarán a alguien que les dará las instrucciones necesarias —les dijo.

—¿Volveremos luego a la base "Cielo Cubierto"? —preguntó Dave.

—¿Donovan puede dirigirla eficazmente?—preguntó Ellington a su vez.

—Sí—respondió Dave.

—Entonces no se preocupen más de ello. La nube electro-magnética es un arma de defensa contra los explosivos atómicos de nuestros enemigos, pero se acerca el momento en que tengamos que emplear otras armas.

—¿Cuándo partimos hacia San Diego?—preguntó Lester.

—Ahora mismo—fue la respuesta del general.

Ellington llamó a uno de sus ayudantes y le dio unas órdenes concretas:

—Encárguese de que se disponga un avión-cohete con la necesaria escolta para dentro de diez minutos, coronel.

—A sus órdenes—se limitó a decir el oficial.

Antes de los diez minutos embarcaban nuestros tres amigos en el aparato. Treinta segundos después emprendían el vuelo, escoltados por una escuadrilla de protección.

En el Cuartel General de San Diego se llevaron una agradable sorpresa. El hombre que les recibió fue el profesor Hamilton[2].

—Confieso que no esperaba encontrarle a usted aquí, profesor—

dijo Dave al tiempo que le estrechaba la mano al anciano sabio.

—Los tiempos no son para permanecer inactivos —sonrió Hamilton.

—Lo encuentro mucho mejor que la última vez que lo vi, profesor—le dijo Grey.

—Nuestros médicos son capaces de dejar como nueva a una vieja y estropeada maquinaria como soy yo—sonrió el sabio—. Unas semanas en sus manos y me encuentro dispuesto para representar mi papel en la lucha que se avecina.

—¿Puede decimos para qué hemos sido llamados? —preguntó Dave.

El profesor Hamilton se tomó algún tiempo antes de contestar.

—La situación es muy crítica, amigos míos.

—Ya sabemos lo que le ha sucedido a nuestra escuadra—intervino Lester.

—Lo que quizás ignoran es que ha sido destruida sin entrar en combate.

— ¡¿Cómo ha sido eso posible?!—exclamó Dave.

—Nuestros enemigos hicieron saltar las cargas atómicas de nuestros navíos cuando aún se encontraban a más de cincuenta millas de distancia.

—¿Cómo lo han conseguido?—preguntó Grey—. ¡No es posible producir una explosión atómica si el material explosivo no llega a tener su crítica!

—Eso son viejas monsergas para nuestros adversarios—respondió Hamilton. —Ya sé que en un proyectil atómico del tipo U-235 hay que ir añadiendo capas de material hasta que se consigue una masa capaz de hacer explosión automáticamente.

—En nuestros proyectiles—intervino Lester—esas capas van separadas y sólo se reúnen en el momento de caer sobre el objetivo adversario.

—Pero los hombres de ciencia de Yablonoi Khan han descubierto el método de hacer estallar cualquier cantidad de Uranio aunque se encuentre por debajo de la masa crítica.

—¿Cómo han podido conseguirlo?—preguntó Dave.

—Parece ser que disponen de poderosos proyectores de neutrones muy lentos, capaces de penetrar en cualquier masa de uranio, sin atravesarla totalmente. En esas condiciones es preciso que se provoque la explosión, sin necesidad de masa crítica.

La información, en labios de una primera autoridad mundial en la materia, como era el profesor Hamilton, tenía toda la fuerza de un dogma.

—¿Qué podemos hacer nosotros contra eso?—preguntó Dave.

—Nada—respondió el profesor—. Nuestra nube electro-

magnética nos defiende de sus ataques atómicos, con la sola diferencia que ellos pueden dirigir a voluntad sus rayos de neutrones superlentos, mientras que nosotros debemos adoptar una actitud pasiva y esperar a que sus aviones con carga atómica se pongan al alcance demuestra nube protectora.

—¡Entonces estamos en igualdad de condiciones! ¡Tampoco ellos pueden atacarnos con armas atómicas!—exclamó Dave.

—No estamos en igualdad de condiciones—sonrió amargamente el profesor—. Usted olvida que ellos son dueños de los mares y disponen de miles de millones de hombres bien equipados. Nosotros nos defendemos y ellos atacan. Sus rayos de neutrones lentos pueden hacer estallar nuestras armas atómicas, haciéndonos imposible su utilización. Hemos tenido que ordenar la evacuación de los materiales fusionables hacia el interior del país, si no queremos que nuestros propios depósitos de armas atómicas se conviertan al estallar en armas favorables a nuestros enemigos.

—¿Entonces?—preguntó Grey.

—Se aproxima una batalla en la que ambos bandos tendrán que emplear las armas tradicionales en la antigüedad. En una palabra: armas no-atómicas.

—Ahora comprendo—dijo Dave—. En esas circunstancias estamos en inferioridad, pues ellos disponen de mayores efectivos y el dominio absoluto del mar les da una gran ventaja estratégica.

—Así es—respondió el anciano—Nuestros hombres tienen una excelente moral y están deseando ver cara a cara al enemigo, pero...

Durante unos segundos reinó un silencio absoluto en el grupo.

—¡De todos modos, pelearemos!—exclamó Lester, animado del mejor espíritu bélico.

—Sí—sonrió el anciano—. Quizás lo más importante no sea conseguir la victoria, sino luchar como hombres para defender nuestro derecho a la vida y a la libertad. A través de los tiempos han sido muchos los seres que han muerto por defender esos sagrados principios. Si ahora nos toca a nosotros, nos quedará la satisfacción de haber procedido como era nuestro deber.

—¿Para qué se nos ha llamado a nosotros?—preguntó Dave.

Hamilton sonrió.

—Estoy preparando una sorpresa a nuestros enemigos.

—¿De qué se trata?—preguntó Grey.

—Un nuevo invento. Hasta ahora no ha sido experimentado más que en el laboratorio. Espero que resulte igualmente eficaz cuando se trate de aplicárselo a nuestros enemigos.

—Ardo en impaciencia por conocerlo—dijo Lester.

—Síganme—ordenó el anciano.

Se encontraban en un gran edificio cercano a la costa, donde

centenares de oficiales y altos jefes del ejército se movían sin cesar, cada uno dedicado a la misión que se le tenía encomendada. Aquél era el Cuartel General del Oeste y se enlazaba por tele-radio con otros puntos de mando a lo largo de toda la costa.

Atravesaron varias dependencias y salieron a la calle. Un automóvil los llevó a un apartado paraje donde se levantaba una pequeña casa de modesta apariencia.

El interior de la casa no presentaba ninguna particularidad y nuestros amigos se miraron extrañados.

Si no hubiera sido porque una fuerte guardia armada hasta los dientes ocupaba su interior, hubiérase creído que el profesor Hamilton se había equivocado de edificio.

—No me extraña que se sorprendan—sonrió el anciano al ver su gesto de extrañeza—, pero tengan en cuenta que nos encontramos muy cerca de la costa y hemos de tomar nuestras precauciones.

—¿Es aquí donde tiene su invento, profesor?—se aventuró a preguntar Dave.

—Esto es sólo la entrada al laboratorio—repuso el sabio.

Los llevó hasta una habitación de regular tamaño, amueblada discretamente.

—Tomen asiento—dijo señalándoles unas butacas y un sofá que había en medio de la habitación.

Todos obedecieron sus órdenes y esperaron.

Los dos soldados que los acompañaron hasta aquel sitio saludaron militarmente y abandonaron la habitación.

—¿Esperamos a alguien?—preguntó Lester.

—No. Vamos a ver el laboratorio.

La sorpresa aumentó de punto al oír aquella declaración, pero aún se hizo más grande al ver lo que hacía el profesor.

El científico se había sentado en el taburete de un piano que había contra la pared y parecía disponerse a tocar.

Sus dedos largos y huesudos se posaron sobre el teclado y pulsaron con precisión algunas teclas.

Ni un solo sonido se escapó del instrumento.

Lester miró a Dave y se llevó el dedo índice a la sien derecha, dando a entender que opinaba que el profesor no estaba muy bien de la cabeza.

Se oyó un chasquido y Grey no pudo evitar el lanzar un pequeño grito.

— ¡Eh!, ¿qué sucede?

El suelo de la habitación se hundía bajo sus pies, penetrando en las profundidades de la tierra.

—No se asusten—sonrió Hamilton—. Esto es simplemente un ascensor.

El suelo, con los muebles y cuantos ocupaban la habitación descendía suavemente, encajonado entre altas paredes de acero.

— ¡Es sorprendente!—exclamó Lester.

—Confieso que he querido gastarles una broma —sonrió el profesor— y por ello no les he advertido de antemano.

—Yo me he llevado un buen susto—admitió Grey.

—¿Entonces es el piano quien pone en marcha el dispositivo de este extraño ascensor?—preguntó Dave.

—Así es. Hay que marcar unos acordes sobre el teclado para que se ponga en marcha el dispositivo de descenso. El laboratorio es subterráneo y la manera de llegar a él la conocemos muy pocos.

—¿Una especie de combinación de caja de caudales?—sonrió Lester.

—Hemos de tomar nuestras medidas contra los agentes saboteadores del enemigo—respondió Hamilton.

Aquella plataforma se detuvo y nuestros amigos se enfrentaron con un amplio subterráneo, repleto de hombres y aparatos.

Algunos de los hombres que trabajaban en aquel laboratorio rodearon al profesor y fueron presentados a los tres amigos.

—Vamos a ver el “Vampiro-3”—dijo Hamilton a uno de sus ayudantes.

El hombre, enfundado en su bata blanca, los precedió unos pasos y vino a detenerse ante una mesa, sobre la cual se veía un extraño aparato.

—Este es mi invento—dijo el profesor—. ¡Dios quiera que nos sea de alguna utilidad!

—¿En qué consiste la labor de este aparato?—preguntó Dave interesado.

—Con él pueden descargarse las baterías de cualquier clase de motor—explicó Hamilton—, tanto si es atómico como eléctrico o simplemente un anticuado modelo de motor de explosión.

—¡Eso es una idea formidable!—exclamó Dave.

—Su único inconveniente es que no puede actuar más que a escasa distancia—continuó Hamilton—. Quizás se pueda mejorar más adelante su radio de acción, pero no creo que nuestros enemigos nos den mucho tiempo para ello.

—A pesar de todo me parece una excelente arma —dijo Lester —. Nos puede permitir detener los motores de los barcos o aviones de nuestros adversarios. ¡Eso nos daría una formidable ventaja!

—Contra los aviones no tiene efecto por lo que les he dicho antes. Sólo con que vuelen a unos cientos de metros del suelo ya se encuentran a salvo de los efectos del "Vampiro-3”.

—¿Por qué ese nombre, profesor?—preguntó Grey.

—En cierto modo es el que le corresponde—contestó Hamilton

—. Es un “chupador” de electrones, de la misma manera que un vampiro chupa la sangre de sus víctimas. El número tres se debe a que es el tercer modelo experimental que hemos construido.

Durante un buen rato, Hamilton estuvo explicando el funcionamiento y manejo del aparato.

—¿Lo han comprendido?—concluyó.

—-Perfectamente—contestaron los tres casi al mismo tiempo.

—¿Y cómo piensa utilizarlo, profesor?—preguntó Lester.

—Para ello les he llamado a ustedes.

—Agradecemos esa prueba de confianza, profesor—intervino Dave—. ¿Pero qué es lo que espera de nosotros exactamente?

—¿Cómo se le ocurriría emplearlo a usted, Dave, en el caso de una invasión por mar de nuestro territorio?—preguntó a su vez el profesor.

Dave meditó durante unos segundos.

—En mi opinión debía instalarse en un submarino, al objeto de que su pequeño radio de acción no constituyera un problema.

El profesor sonrió ampliamente.

—Esa es, exactamente, mi idea—dijo—. Un submarino podría esperar a que se acercara la flota enemiga y entonces...

—No creo que se pueda proceder de otra manera —intervino Lester.

—El aparato no es de fácil manejo y no está suficientemente experimentado—continuó el profesor—. La más pequeña avería puede inutilizarlo y en manos de un simple comandante de submarinos se convertiría en un arma sin ningún valor.

—Me parece que comienzo a comprender—dijo Dave.

—Estoy seguro de que ha comprendido totalmente—sonrió el profesor.

—¡Seríamos nosotros los que nos encargásemos de su manejo en ese submarino, ¿no es cierto? —concluyó Dave.

—Ello nos garantizaría un éxito completo—aseguró el profesor —. Sólo hombres de su preparación pueden asimilar con la rapidez que ustedes lo han hecho la base teórica en que se funda el aparato. Si sufriera la menor avería, estoy seguro de que podrían repararla sobre la marcha.

—No tengo la menor duda de ello — admitió Lester.

—Estas fueron las razones que di al Estado Mayor para solicitar que fuesen ustedes trasladados a este servicio.

—Estoy encantado de que se le haya ocurrido así, profesor—dijo Dave.

—Ustedes podrían embarcarse en el submarino. Grey permanecería a mi lado, pues necesito un ayudante de su capacidad para desarrollar otros proyectos que tengo en la cabeza.

—Acepto con mucho gusto esa colaboración que usted me pide, profesor Hamilton—respondió Grey.

En aquel momento de la conversación, un zumbador dejó oír tres largos timbrazos.

El profesor iluminó su cara con un gesto de preocupación.

—Vamos arriba—dijo—. Eso indica una llamada urgente del Estado Mayor.

Con rápido paso se dirigieron ai lugar donde podían tomar el extraño ascensor y no tardaron en encontrarse en el edificio que enmascaraba tan perfectamente la entrada al laboratorio.

Un oficial abrió la puerta de la habitación-ascensor y se introdujo en ella.

—Comunicación urgente del Estado Mayor, profesor Hamilton.

Pasaron a una habitación de reducidas proporciones, en una de cuyas paredes había una pantalla de radio-televisión, en la cual se veía el rostro preocupado del general Ellington.

—¡Gracias a Dios que doy con usted, Hamilton! —exclamó el general a manera de saludo.

—¿Qué sucede, general?

—¿Está dispuesto el aparato de su invención? —preguntó Ellington con ansiedad.

—Completamente. En este momento explicaba su funcionamiento a nuestros amigos.

—¿Está claro para usted, Dave?—preguntó el general.

—Completamente, señor. Tanto Lester como yo podemos manejarlo en cualquier circunstancia que se presente.

—Entonces no hay que perder ni un solo segundo. He dado orden a un submarino para que atraque en el mismo puerto de San Diego. Tomen las disposiciones necesarias para cargar el aparato en el plazo máximo de una hora.

—¿No podríamos esperar un poco más?—preguntó el profesor —. Me gustaría cerciorarme de que...

La frase fue cortada por el general.

—Imposible, profesor Hamilton. ¡El enemigo acaba de destruir San Francisco y se dispone a un desembarco en gran escala en aquel sector de la costa!

Las palabras del general llenaron de estupor a nuestros amigos. ¡Por primera vez en la historia de Humanidad, la guerra había sido llevada al propio territorio de los Estados Unidos

CAPÍTULO VI

CON los ojos fijos en la pantalla de tele-radio, nuestros dos amigos veían el despliegue inmenso de fuerzas que hacían sobre la superficie del océano las huestes de Yablonoi Khan.

Una amplia zona, que abarcaba desde el paralelo treinta y cinco hasta el cuarenta se veía ocupada por millares de barcos.

Navíos de todas las nacionalidades, apresados por los ejércitos de Yablonoi Khan en la guerra relámpago que le había conducido a dominar la mayor parte de la tierra, formaban en la poderosa escuadra.

Millones de hombres de todos los pueblos de Asia iban embarcados en aquellos barcos y su objetivo era conquistar el continente americano, último reducto donde aún ondeaba la bandera del mundo occidental.

Si aquellos hombres conseguían ganar la batalla, sería una realidad el título de Conquistador del Mundo que se daba a sí mismo Yablonoi Khan.

El comandante del submarino en el que iban nuestros amigos era un hombre de unos cuarenta años, de recortada barba negra y ojos brillantes. Poseía una admirable sangre fría y un extraño sentido del humor.

—¿Les he contado alguna vez la fábula de la hormiga y la manada de elefantes salvajes?—dijo.

Lester gruñó algunas maldiciones y el comandante sonrió satisfecho.

—Veo que ya la conoce, querido Lester—dijo atusándose la barba—. Entonces les contaré la de dos niños que se encontraron una cajita mágica, con la cual pretendían arreglar todos sus problemas.

—¿Por qué no se va al diablo de una vez?—gruñó Lester.

—¿Qué cree que estamos haciendo, amigo mío? Tenga la seguridad de que en estos momentos nos encaminamos derechitos al infierno.

—No tiene usted fe en nuestro aparato, ¿verdad?—preguntó Dave,

—Confieso que nunca he confiado mucho en esas armas maravillosas, capaces de darnos la victoria con sólo apretar un botoncito.

—Para su tranquilidad le diré, comandante, que nosotros tampoco confiamos mucho en ello—respondió Dave.

Aquellas palabras desconcertaron al marino, el cual acabó lanzando una alegre carcajada.

— ¡Son ustedes unos grandes tipos!—exclamó—. ¡Me hubiera gustado tratarles en la intimidad!

—Tendrá ocasión de ello, comandante—repuso Lester—. Creo que nos han reservado departamentos contiguos en el infierno.

— ¡Esa es buena!—rio el comandante—. ¡No creo que el mismísimo Satanás se encuentre muy a gusto en la compañía de hombres como nosotros!

A nuestros dos amigos les encantaba, aunque no lo confesasen, la manera de ser de aquel hombre. No cabía duda de que tenía un temple de acero y sabía enfrentar la situación con espíritu deportivo.

—A lo mejor, esos condenados hombres de Yablonoi Khan no pretenden otra cosa que hacernos una visita de cumplido—dijo el comandante.

—Es probable—replicó Lester—. Lo que sucede es que nosotros tenemos muy mal carácter y no sabemos apreciar esas cosas.

— ¡Eh, miren!—exclamó Dave. señalando la moderna pantalla de radio-radar con la que iba equipado el submarino.

En la parte superior de la misma aparecieron una serie de pequeños puntos que, rápidamente, fueron avanzando hacia las formaciones de barcos adversarios.

— ¡Son nuestros aviones!-—exclamó Lester.

Las formaciones de aparatos se fueron precisando en la pantalla hasta perfilarse claramente.

— ¡Demonios!—exclamó el comandante—. ¡Hay que reconocer que tienen valor esos muchachos!

—El sol ya casi se ha ocultado—dijo Dave—y las imágenes se ven muy confusas. Da la luz negra a la pantalla, Lester.

El aludido golpeó con el dedo índice un pequeño conmutador y la pantalla se fue aclarando hasta que se perfiló en ella, con toda claridad, la escena que estaban observando.

Las primeras formaciones de aparatos se encontraban a un par de millas de distancia de su objetivo.

—No creo que lo consigan—murmuró Dave entre dientes.

De algunos de los barcos surgieron, inesperadamente, unos rayos de luz azulada.

—Intentan iluminar a nuestros aviones para poder apuntar mejor hacia ellos su artillería antiaérea—comentó el comandante.

—Mucho me temo que no sea ésa su intención—repuso Dave.

La confirmación a sus palabras vino un segundo más tarde.

Uno de aquellos haces luminosos entró en contacto con la primera escuadrilla de aparatos.

Lo que sucedió fue sencillamente espantoso. Una inmensa llamarada, mil veces más potente que L luz del sol, iluminó la bóveda celeste, transformando la naciente noche en un deslumbrante día.

—¡Eso son explosiones atómicas!—exclamó el comandante.

La primera escuadrilla de ataque había sido desintegrada en pleno vuelo.

—¡Son esos malditos tubos lanzadores de neutrones superlentos! —casi gritó Lester.

—Eso es mandar a nuestros aviadores al suicidio —rezongó Dave.

Pero la terrible explosión no amedrentó a los valerosos pilotos que seguían a la primera escuadrilla.

Dos grupos más de aviones fueron alcanzados por los azulados rayos y nuevos y poderosos resplandores consumieron en su ingente hoguera la vida de aquellos hombres esforzados.

Sin embargo, los demás aparatos de la formación continuaban su marcha hacia el objetivo, sólo que esta vez habían roto la formación y cada uno atacaba por su lado, procurando el no ser barridos por aquellos terribles rayos, los cuales hacían estallar la carga atómica de los aviones.

— ¡No cabe duda que son valientes esos muchachos!—exclamó el comandante.

— ¡Pero todo eso es inútil!—exclamó Lester—. ¡Nuestro Estado Mayor sabe que esos barcos son inatacables!

Los pilotos de los aviones avanzaban con fría determinación hacia los barcos enemigos, sin que les arredrara ningún obstáculo.

Varios centenares de aparatos fueron desintegrados por las explosiones de sus propias bombas atómicas.

—Resulta difícil soportar esa visión sin que podamos hacer nada por nuestra parte, ¿verdad?—dijo el joven comandante del submarino.

—No creo que tardemos mucho tiempo en poder realizar la parte que se nos ha encomendado—respondió Dave.

El comandante consultó algunos instrumentos y dio una orden precisa a su segundo.

—¡Dos grados a babor, teniente!

—¡Dos grados a babor!—ordenó el teniente al piloto.

—Dentro de pocos minutos navegaremos por debajo de esas formaciones de barcos—informó el comandante a nuestros amigos.

Dave procuró abstraerse un tanto de la terrible batalla que se estaba librando, para prestar mayor atención a las formaciones

enemigas.

—¿Cuál es nuestra velocidad, comandante?

—Sesenta millas por hora—respondió el marino— pero podemos alcanzar hasta las ciento treinta. Para ello tendremos que emplear los motores-cohete.

—Mire bien la pantalla—le dijo Dave—. ¿Ve esa formación de unos noventa navíos que va en vanguardia?

—Sí.

—Podemos pasar por debajo de ella. Si nuestro aparato funciona debidamente, pararemos los motores de todos esos barcos y nuestra artillería los tendrá a su merced durante unos minutos.

—Me parece bien.

—A partir de ese punto recorreremos toda la zona ocupada por los navíos.

—No supondrá usted, Dave, que bastaría a nuestra artillería unos pocos segundos para cada unidad, ¿verdad? Son muchos los barcos y no es posible hacer blanco en todos ellos en poco tiempo. ¿Qué radio de acción tiene ese aparato, supuesto el caso de que funcione?

—Si actuamos a unos trescientos metros de profundidad, la acción de nuestro aparato abarcará un cuadrado de la superficie marina de unos setecientos metros de lado.

—No está mal, pero tenga en cuenta que el adversario abarca una zona de más de quinientas millas de longitud. ¿Se da cuenta de lo que eso significa?

—Sin duda alguna, comandante. Será imposible impedir que muchas de esas unidades lleguen a la costa, pero hemos de conseguir que sean hundidas el mayor número de ellas.

El oficial estudió detenidamente la posición de la enorme flota enemiga y marcó en un mapa de la región el lugar que ocupaba.

—Procederemos metódicamente por cuadrantes —dijo—. Primero nos situaremos debajo del grupo de vanguardia y luego iremos recorriendo las zonas en que he dividido el mapa. De este modo no haremos ningún movimiento falso.

Dave y Lester aceptaron el plan y volvieron de nuevo los ojos a la pantalla, donde aún se reproducían las trágicas escenas del desigual combate que se libraba.

Una tras otra eran destruidas en el aire las escuadrillas de bombardeo atómico, sin que consiguieran acercarse a los enemigos a menos de tres o cuatro millas de distancia.

De pronto, Lester llamó la atención de su amigo.

— ¡Mira, Dave! ¡Mira la parte inferior de la pantalla!

Dave y el comandante dirigieron sus ojos hacia el sitio indicado.

— ¡Ahora comprendo la estrategia de nuestro Estado Mayor!

—exclamó Dave.

Una veloz escuadrilla, volando casi a ras del agua, se aproximaba a toda velocidad hacia los navíos que formaban la vanguardia de la enorme flota.

—Han sacrificado a esos valientes para poder distraer la atención de los enemigos—murmuró el comandante—. ¡Ahora todo está claro!

Tal había sido el plan del Estado Mayor y el éxito de la operación se encontraba ya al alcance de la mano.

Los nuevos aviones habían conseguido abrir una “brecha” en la barrera defensiva de los rayos de neutrones superlentos y se encontraban ya a poca distancia de los barcos enemigos.

Los hombres que los tripulaban parecieron darse cuenta de la maniobra y dirigieron precipitadamente los azulados rayos contra la escuadrilla, pero ya era demasiado tarde.

Cuando las cargas atómicas de los aviones hicieron explosión, éstos se encontraban a un centenar escaso de la primera formación de barcos.

La pantalla se iluminó brillantemente a consecuencia de las explosiones y una poderosa nube atómica cubrió una gran área del mar.

— ¡Oficial!—gritó el comandante—. ¡Ponga en marcha el sondeador de deslumbramiento!

El segundo de a bordo movió una pequeña palanca y la luz de la pantalla se fue reduciendo, permitiendo a nuestros amigos ver sin dificultad en el interior de la nube atómica.

—¡Hurra!—gritó Lester con entusiasmo.

La expresión de nuestro amigo estaba justificada, pues los noventa barcos que constituían la formación de vanguardia habían sido hundidos.

La confusión producida por el inesperado ataque fue aprovechada para que nuevas escuadrillas se lanzaran al ataque sobre otros grupos de navíos, consiguiendo que varios centenares de barcos fueran tragados por el voraz océano.

— ¡Jamás olvidaré, si salgo de ésta, el valor y el patriotismo que han derrochado nuestros aviadores yendo a una muerte cierta! —comentó emocionado el comandante del submarino.

El enemigo, repuesto de su sorpresa, cambió de táctica. Los rayos de neutrones superlentos fueron ensanchándose y no tardaron en constituir una inmensa nube, debajo de la cual quedaba amparada la flota invasora.

Las últimas escuadrillas de aviones suicidas estallaron mucho antes de llegar a ser peligrosas para los barcos atacantes.

—Creo que ahora ha llegado nuestro momento —dijo Dave—.

Cuando alcancemos las formaciones del primer cuadrante, se encontrarán a poco más de treinta millas de la costa. A esa distancia pueden ser muy eficaces nuestras armas de tierra.

—¡Ya tengo ganas de hacer algo de verdadera utilidad!—dijo el comandante.

—Empiece por comunicar con nuestro Estado Mayor y transmitirle por tele-radio la división que ha hecho de esta zona del océano. De este modo podremos coordinar nuestros esfuerzos con los de las baterías de tierra.

El comandante empleó un aparato auxiliar de tele-radio y no tardó en conectar con el Estado Mayor.

—Aquí, misión “Piloto”—tal era el nombre clave con que se había designado la misión de nuestros amigos.

Un oficial del servicio de comunicaciones del Estado Mayor mostraba su sereno rostro en la pantalla receptora del submarino.

—Misión “Piloto” espere un momento—dijo el militar.

Un segundo más tarde se dibujaba en la pantalla la cara del profesor Hamilton.

—Diga, comandante—dijo el anciano con voz cansada.

—Nos aproximamos a los navíos enemigos. Nuestro plan de ataque es el siguiente.

El comandante mostró al profesor Hamilton la carta geográfica y le explicó la división en zonas que había hecho.

—Un momento—dijo Hamilton.

Llamó a uno de sus ayudantes y a un alto jefe de las fuerzas militares.

El ayudante sacó una máquina fotográfica y fotografió el plano que mostraba el comandante del submarino.

El oficial asintió varias veces con la cabeza.

—Coordinaremos nuestra artillería con la actuación de ustedes—dijo—. La división en zonas nos permitirá preparar nuestras armas costeras de antemano.

—Como nos será difícil precisar en la oscuridad el momento en que son parados los motores de los barcos enemigos—intervino el profesor—, lo haremos según referencia directa de ustedes, comandante. Nos darán la posición exacta y el momento en que entra en acción el “Vampiro-3”.

—De acuerdo—contestó el comandante.

—Desde este instante mantengan la comunicación directa—ordenó el militar.

—Lo haremos así.

—¡Que Dios nos ayude a todos!—fue la despedida del oficial.

Uno de los hombres del Estado Mayor recortó su efigie sobre la pantalla.

—No mantendré el contacto permanente con ustedes—dijo—. No es preciso que estén pendientes de mí.

—Me parece muy bien—sonrió el comandante al tiempo que se atusaba su negra barba—. Me complace llevarlo de invitado fantasma en este pequeño crucero de placer que he emprendido en compañía de unos amigos desocupados.

Dichas estas palabras, el comandante se volvió a nuestros amigos y sus ojos relampaguearon entusiasmados.

—¡Vamos a ver cómo se porta esa cajita maravillosa, amigos míos! Dentro de diez minutos navegaremos en el cuadrante número uno.

—¡A lo mejor es maravillosa de verdad esta cajita!—sonrió Lester.

CAPÍTULO VII

UNOS minutos más tarde, la tensión en el interior del submarino había ascendido a límites insospechados.

El comandante del mismo se hallaba rodeado por varios de sus oficiales y tomaban incesantemente medidas sobre un mapa.

—Longitud 2’5 del primer cuadrante. Latitud, 0’9. En la pantalla auxiliar del tele-radar podía verse a un grupo de oficiales, entre los que destacaban dos o tres de alta graduación.

Uno de aquellos hombres repetía, a través de un micrófono, los datos que daba el comandante del submarino, haciéndolos llegar a las baterías de la costa que tenían que batir aquel sector.

—Comprendido—se oía decir a una voz seca, la cual llegaba desde el puesto de mando de las baterías.

Dave y Lester manipulaban el “Vampiro-3” y sus corazones latían, acelerados en el pecho.

—Estamos llegando al centro mismo de la formación—dijo Lester, tras consultar un aparato que tenía a su izquierda.

—Preparados para disparar—dijo Dave.

—Preparados para disparar—comunicó el comandante al grupo de oficiales que se veía en la pantalla.

La orden fue transmitida a las baterías que batían el sector.

—En este momento entra en acción el “Vampiro-3” —comunicó Dave al tiempo que oprimía suavemente un botón del aparato que tenía ante sí.

Un silencio impresionante siguió a aquellas palabras.

En la mente de todos había una sola pregunta: ¿funcionaría aquel ingenio?

Dave miraba como hipnotizado una brillante aguja que comenzó a moverse sobre un círculo graduado.

Con la respiración contenida la miraba avanzar, mientras sentía clavadas en su espalda las miradas del comandante y sus subordinados.

La aguja fue recorriendo lentamente su camino hasta dar una vuelta completa.

— ¡Funciona! ¡Funciona!—gritó lleno de entusiasmo—. ¡En este momento acaban de ser descargadas las baterías de los barcos!

Lester y el comandante se abalanzaron hacia la pantalla principal de tele-radio, donde podían verse las unidades enemigas

que tenían sobre su cabeza.

Los barcos continuaron su marcha durante medio minuto, impulsados por su propia inercia, pero poco después comenzaron a romper la formación, aminorando su marcha, navegando sin rumbo hasta quedar inmóviles sobre la superficie del mar.

— ¡Fuego!—gritó Dave.

-—¡Fuego!—ordenó el comandante.

— ¡Fuego!—se oyó decir al oficial que tenía ante sus labios el micro que llevaba la comunicación al mando de las baterías.

— ¡Timón a fondo!—ordenó el comandante.

El submarino tuvo una pequeña sacudida y comenzó a deslizarse aguas adentro.

Los ojos de todos se posaron en la pantalla donde se veía a los barcos enemigos flotando sin rumbo fijo sobre la superficie.

Pocos segundos después, y atravesando la nube azulada que envolvía a los barcos, se vio brillar un verdadero enjambre de proyectiles-cohete, el cual se abatió como una lluvia de fuego sobre los navíos.

Centenares y centenares de aquellos proyectiles estallaron sobre las cubiertas de los barcos. No llevaban explosivo atómico porque hubiera resultado ineficaz ante las defensas de protones superlentos, pero los explosivos tradicionales, en tan gran cantidad, no dejaban de ser eficaces.

A la primera andanada siguió otra y luego una tercera.

Muchos de aquellos proyectiles iban cargados con fósforo y convertían a los barcos en verdaderas y gigantescas antorchas.

Cuatro o cinco veces fue sacudido el submarino por la explosión de proyectiles que, no habiendo estallado sobre la cubierta de los barcos, lo hacían en la profundidad del mar.

—No contábamos con esto—murmuró Lester.

—Yo, sí—respondió el comandante—. ¿Por qué cree que le dije que nos dirigíamos directamente al infierno?

Por fortuna, ninguna de las explosiones alcanzó de lleno al submarino y pudo situarse a bastante profundidad como para encontrarse a salvo de aquel peligro.

Cuando unos minutos más tarde estudiaron cuidadosamente la pantalla de tele-radio sintieron que una gran emoción se agolpaba en sus pechos.

—¡Los hemos triturado!—gritó Lester, lleno de alegría.

—¡Por las barbas de Neptuno!— exclamó el comandante—. ¡Han sido hundidos casi todos los barcos que navegaban por este sector!

—Las llamas darán buena cuenta de los que aún no han sido tragados por el mar.

—No cabe duda de que es mágica la cajita—rio el marino—.

Gracias a ella pueden disparar a placer nuestras baterías de proyectiles-cohete.

—Dé orden para que nos dirijamos al segundo cuadrante—dijo Dave.

El comandante dio las órdenes oportunas y el submarino avanzó a gran velocidad, impulsado por sus motores auxiliares de propulsión.

Incansablemente, todos los hombres cumplían el cometido que se les tenía asignado y los datos precisos se transmitían sin cesar al Estado Mayor, de donde salían reexpedidos a las concentraciones artilleras de la cosía.

Una y otra vez fue repetida la operación y el éxito más lisonjero culminó los esfuerzos de aquellos hombres que luchaban por la supervivencia de un mundo en trance de perecer.

Durante veinticuatro horas seguidas permanecieron al pie de sus puestos de combate.

—En la pantalla del Estado Mayor se ve cambiar de vez en cuando las caras—rezongó Lester—. ¡Al menos ellos pueden relevarse!

—Nosotros somos como los buenos artistas que permanecen mucho tiempo en el cartel—sonrió el comandante—. Debía estar orgulloso de ello.

—No soy yo quien se queja, sino mis huesos, que los tengo molidos—gruñó Lester.

Dave continuaba observando el comportamiento de la flota, diezmada por los eficaces ataques que se le dirigían desde la costa.

En los primeros momentos habían tenido un cierto movimiento de retroceso, pero los proyectiles- cohete habían perseguido los barcos a donde quiera que éstos se retirasen.

Finalmente habían decidido continuar el ataque, no sin antes desplegarse en una mayor área.

Ahora se dirigían a la costa a toda la velocidad de sus máquinas y algunos de ellos ya habían conseguido desembarcar sus contingentes de tropas.

La batalla, pues, tenía ahora un doble escenario: el mar y la tierra.

El submarino había conseguido colocarse debajo de otra de aquellas formaciones y Dave dio la voz de preparados.

—Señalen la referencia exacta de la posición—pidieron desde el Estado Mayor.

—Longitud 4 y latitud 6 del noveno cuadrante. Encima de nosotros mismos están las formaciones enemigas—comunicó el comandante.

—El “Vampiro-3” está listo—informó Dave.

Las escenas volvieron a repetirse, una a una, como en los casos anteriores.

Pero esta vez el submarino fue sacudido por un fuerte impacto.

La mayoría de los hombres que lo ocupaban cayeron al suelo y la luz osciló durante unos segundos.

Uno de los proyectiles disparados desde la costa había hecho blanco en el sumergible.

La voz del comandante dominó la creciente confusión que comenzó a reinar en el interior del sumergible.

— ¡Todo el mundo a sus puestos! ¡Silencio!

Dave y Lester se levantaron del suelo y revisaron rápidamente el aparato que manejaban.

—Está en orden—susurró Dave.

— ¡Máquinas!—gritó el comandante—. ¿Cómo van las cosas por ahí?

A través del altavoz se oyó la voz del jefe de máquinas:

—Sin novedad, mi comandante.

Pero en aquel momento, una nueva sacudida estremeció el submarino.

— ¡Ahora nos toca bailar a nosotros!—masculló el comandante.

De la parte de proa llegó una escalofriante alarma.

—¡Tocados a proa! ¡Nos hundimos!

— ¡Pronto!—gritó el comandante—. ¡Todo el mundo a la parte de popa!

Los marineros abandonaron sus puestos y fueron refugiándose en los departamentos del centro y popa del submarino.

Dave y Lester volvieron a revisar el “Vampiro-3” que había sido derribado al suelo y vieron con gran consternación que sufría deterioros de importancia.

El comandante bramaba sus órdenes y los hombres obedecían como autómatas.

— ¡Cerrad las compuertas de los departamentos de proa! ¡Timonel, mantenga el rumbo! ¡Segundo, vacíe los depósitos de inmersión!

Las órdenes eran obedecidas al instante, pero el submarino seguía inclinado hacia adelante y era difícil mantenerse en pie.

—¿Qué sucede?—preguntó la voz alarmada de un oficial, cuya efigie ocupaba en aquel momento la pantalla del tele-radio.

—Nos hundimos, sencillamente, señor—fue la estoica respuesta del comandante del submarino.

En aquella habitación del lejano edificio del Estado Mayor se produjo un agitado movimiento.

El rostro del profesor Hamilton se destacó de entre todos y su

voz emocionada pudo escucharse por el altavoz.

— ¡Dave! ¡Dave!—gritó el sabio.

—Aquí estoy, profesor—dijo nuestro hombre situándose ante la pantalla.

—¿Está usted bien?

—Sí.

—¿Y el aparato?

—Mucho me temo que no pueda arreglar las averías que tiene.

El comandante del submarino consultaba un instrumento tras otro y, por fin, se enderezó.

—¡Segundo!

— ¡Diga, señor!

—¿Qué profundidad tenemos?

—De superficie a fondo quinientos catorce metros.

—Entonces estoy seguro de que el casco resistirá la presión.

— ¿Nos hundimos, señor?

—Irremisiblemente.

Del grupo que se perfilaba en la pantalla de tele-radio salió un grito ahogado.

Dave dirigió sus ojos hacia uno de los ángulos y pudo ver el rostro de Grey, cuyos ojos mostraban todo el horror que sentía por la suerte de Dave.

Quiso decir unas palabras de consuelo a la muchacha, pero en aquel instante se apagó la luz y todo el submarino quedó sumido en la oscuridad, borrándose las imágenes de la pantalla.

—Los transformadores han sido inundados por las aguas—dijo con voz serena el segundo de a bordo.

—¡Que nadie se mueva del lugar que ocupa!—ordenó el comandante—. Pronto volveremos a tener luz.

Unos segundos más tarde, una débil claridad difusa fue iluminando el interior de la nave siniestrada.

Aquel fulgor fue creciendo hasta iluminar las cosas de manera bastante aceptable.

—¿.Podemos conectar de nuevo con el Estado Mayor?—preguntó Dave.

—Abandone todo esperanza—respondió tranquilamente el comandante—. Esta luz proviene de los paneles luminosos que recubren el techo del submarino. Están fabricados con una materia que absorbe los electrones y que ahora nos los devuelve galantemente, pero con ello no podemos poner en marcha nuestros aparatos eléctricos.

—En este momento se están abriendo para nosotros las puertas del Infierno, ¿no es cierto?—preguntó Lester.

—Espero que no sea demasiado largo el camino — replicó Dave.

—Reconozco que son ustedes hombres de temple —dijo el comandante—. Espero que aún podamos jugarle una mala pasada al diablo, el cual ya cree tenernos seguros.

—¿Hay alguna posibilidad?—preguntó Dave.

El comandante no contestó, pero se volvió a su segundo y le dio una orden.

—Vea si funciona el expulsor de salvamento.

El oficial pasó a la parte más extrema de popa y volvió unos segundos más tarde.

—Está en perfecto estado, señor.

— ¡Timonel!

—Diga, mi comandante.

—Aproveche la velocidad de descenso para mantener el submarino en picado de proa por medio del timón de mano.

— ¡A la orden, señor!

El comandante se volvió hacia nuestros amigos y una fina sonrisa apareció en sus labios.

—El lecho del mar es arenoso en esta zona—les dijo—. Si conseguimos clavar la proa del submarino en el fondo, dejando la popa despejada, aún es posible que consigamos algo.

Durante varios minutos reinó un profundo silencio hasta que el submarino fue sacudido por un nuevo golpe.

—Ya hemos llegado—informó el comandante.

—La nave ha quedado en la posición apropiada para intentar el salvamento, señor—informó el segundo.

—Comenzaremos sin perder un segundo. Ustedes primero—dijo dirigiéndose a los dos científicos.

—Por mi parte...—quiso protestar Dave.

—Ahora soy yo quien da las órdenes—atajó el comandante.

Pasaron a una cabina de la parte posterior, en uno de cuyos extremos había una especie de chimenea que atravesaba el techo de la nave.

Alineadas en ambas paredes laterales se veían una especie de cápsulas transparentes que podían alojar en su interior a un hombre con los brazos pegados al cuerpo,

—Vamos a dispararlos a la superficie—informó el comandante —. Esas cápsulas les permitirán soportar la presión del agua. Cuando se vean flotando pueden apretar ese resorte que queda a la izquierda y saltará una sección lateral, permitiéndoles la salida.

Dave comprendió que había llegado el momento de no poner más objeciones.

—Estamos a sus órdenes.

Pocos minutos más tarde estaba todo dispuesto.

Dave insistió en que fuera Lester el primero en utilizar aquel

medio de escapar de la muerte y el gigante se vio comprimido dentro de una de aquellas cápsulas.

—Espero que la Marina adopte algunos modelos más cómodos en el futuro—dijo Lester—. En este momento me siento solidario con las pobres sardinas enlatadas.

—Espero que disfrute de este breve paseo autónomo—sonrió el comandante.

Lester gruñó unas confusas palabras y procuró adaptarse a su receptáculo.

Unos raíles le llevaron hasta la extraña chimenea.

—Lo lanzamos con una inclinación de 45 grados —dijo el comandante—. Ello le permitirá llegar a las proximidades de la costa gracias al impulso de salida. Lo demás es cosa suya, Lester.

—Ya me las arreglaré—gruñó éste.

Estrechó la mano del comandante y la otra mitad de la cápsula quedó encajada a la que contenía el cuerpo de nuestro amigo.

Una sección del tubo con aspecto de chimenea se había descorrido, dejando al descubierto una recámara en la cual fue depositada la cápsula de plástico en cuyo interior iba Lester.

La sección del tubo de lanzamiento volvió a cerrarse.

—Preparado—dijo el segundo oficial.

—¡Dispare!—ordenó el comandante.

El oficial oprimió un botón y un agudo zumbido llenó la cabina.

—Todo ha salido a la perfección—sonrió el comandante.

—No comprendo...—insinuó Dave.

—Es muy sencillo—explicó el comandante—. El aire comprimido impide que entre el agua en el tubo cuando abrimos la recámara. Cuando volvemos a cerrarla, el tubo se llena de agua y el proyectil humano es impulsado por una poderosa descarga de aire comprimido. Lester navega a estas horas en dirección a la costa.

—¡Dios quiera que llegue felizmente!—exclamó Dave.

—Ahora le toca a usted, Dave.

—¿Y cómo saldrá el último?—preguntó nuestro amigo intencionadamente.

—No tema—sonrió el marino—. Un aparato de relojería acciona el dispositivo para el último. ¡Estoy seguro de que aún volveremos a vernos!

Los dos hombres, se estrecharon las manos y se repitieron las mismas operaciones que con Lester.

Unos minutos más tarde, Dave hendía las aguas oceánicas, camino de la superficie.

El agua era hendida por la afilada proa de aquella especie de torpedo y una absoluta oscuridad lo rodeaba.

Pasados algunos minutos le pareció que aminoraba su marcha.

Miró a través de las paredes transparentes de la cápsula y divisó en lo alto los tintes violáceo- rojizos de la nube electro-magnética que cubría todo el territorio de los Estados Unidos y se adentraba algunas decenas de millas en el mar.

Pulsó el resorte que tenía a su izquierda y saltó la parte superior de la cápsula, se sentó sobre el fondo de la otra parte y miró a la lejanía.

La costa no estaba a más de una milla de distancia. El fogonazo de las armas hacía centellear todo el litoral y a sus oídos llegaba el ronco fragor de la batalla.

Aún no podía decir que se encontraba a salvo. Suavemente se deslizó al agua y comenzó a nadar vigorosamente.

CAPÍTULO VIII

LA noche era fría y Dave tuvo que nadar con redoblada fuerza para evitar que se le entumecieran los músculos.

Miles de cadáveres flotaban a la deriva sobre las negras aguas y lentamente eran arrojados a la playa por la marea.

Cuando Dave consiguió llegar a la costa estaba al borde de sus fuerzas.

Tomó tierra en una pequeña playa arenosa, escondida entre escarpadas rocas.

Cerca de allí se combatía con gran violencia y hasta sus oídos llegaban los gritos de los heridos, apagados la mayoría de las veces por el tronar de las armas.

De vez en cuando cruzaban sobre su cabeza verdaderos enjambres de proyectiles-cohete, los cuales se adentraban hacia el mar en busca de su presa.

Durante unos minutos permaneció tendido en la arena intentando recuperar sus fuerzas.

Pasado un cuarto de hora se sintió más fuerte y se dispuso a marchar hacia las líneas propias.

El mar había arrojado a la playa algunos cadáveres y Dave los miró con curiosidad.

Un estremecimiento de horror sacudió su cuerpo. Algunos de aquellos cadáveres estaban semidesnudos y todos mostraban sobre su pecho el cinturón metálico que padeciera Dave en otra ocasión.

—¡Canallas! —exclamó Dave sin poder contenerse. Al parecer, los hombres que Yablonoi Kan enviaba al combate tenían anulada su propia voluntad y obedecían estrictamente las órdenes que recibían por medio de aquel infernal aparato.

Con sus ojos recorrió hasta el último rincón de la pequeña playa, con la leve esperanza de ver a su amigo y camarada Lester.

Habiendo sido lanzado desde el mismo sitio que Dave no habría sido extraño encontrarlo por aquellos alrededores.

Pero sus ojos se cansaron inútilmente. En aquella playa no había nadie más que él y aquellos cadáveres que la resaca había arrojado sobre la arena.

Finalmente se puso en camino.

El alcanzar las propias líneas no era tarea demasiado fácil, pues había que sortear las patrullas enemigas y evitar que algún soldado

nervioso, de las propias fuerzas, lo recibiera con una ráfaga de ametralladora creyéndole un enemigo.

Por fortuna salió todo a pedir de boca. Había tenido la suerte de poner pie en tierra en un lugar donde no se combatía de una manera directa. El grueso de las fuerzas había hecho su desembarco una media milla más adelante, penetrando en tierra con gran rapidez.

Dave se movía con infinita cautela y sus ojos taladraban la oscuridad, en espera de encontrar un puesto guarnecido por soldados de los Estados Unidos.

De pronto, cerca de él sonaron unos disparos de ametralladoras y su silueta se vio pespunteada por las balas. Dio un formidable salto de costado y procuró guarecerse detrás de una pequeña roca.

Simultáneamente con los disparos se encendió un pequeño reflector y la luz amarilla cayó sobre el cuerpo de Dave, que saltaba en aquel instante detrás de la piedra.

— ¡Alto el fuego, muchachos! ¡Parece un americano!—gritó una voz.

Dave vio el cielo abierto con aquellas palabras.

Se puso de pie y quedó bañado por la luz del reflector.

—¡No disparéis!—gritó—, ¡Quiero ver a vuestro jefe!

— ¡Las manos a la cabeza!—ordenó una voz desde la oscuridad.

Dave obedeció la orden y cruzó sus manos sobre la cabeza.

— ¡Avanza lentamente y procura no hacer ni un solo movimiento sospechoso!—le advirtió la misma voz.

Dave avanzó con paso tranquilo y no tardó en verse rodeado por media docena de soldados que le apuntaban con sus fusiles.

Un joven oficial salió de la oscuridad y miró con curiosidad a nuestro amigo.

—¿De dónde sale usted?—le preguntó con extrañeza.

—Es preciso que me entreviste cuanto antes con el jefe dé usted —dijo Dave.

—Antes tendrá que explicarse—contestó secamente el teniente.

—Realizo una misión especial, a las órdenes directas del general Ellington.

Aquellas palabras tuvieron la virtud de hacer que el oficial depusiera su actitud.

Dave fue conducido rápidamente por un dédalo de fortificaciones hasta llegar al puesto de mando de un comandante. De allí fue pasando por distintos escalones jerárquicos hasta llegar al jefe del sector, que era un general de rostro duro y decidido.

—¿Cómo es que viene usted del campo enemigo? No tengo ninguna noticia sobre la posibilidad de su llegada. ¿Quién es usted

y de dónde viene?

—Me llamo Dave Rodney. Soy uno de los componentes de la operación “Piloto”.

— ¡Demonios!—exclamó el general—. ¡Ahora comprendo que venga usted del campo enemigo!

El gesto del general había cambiado totalmente, tornándose amistoso y admirativo.

— ¡Le felicito!—dijo estrechando con vehemencia la mano de Dave—. Mis baterías han tirado según sus indicaciones y puedo asegurarle que hemos hundido centenares de barcos. El Estado Mayor comunicó que habían sido hundidos ustedes.

Dave contó brevemente su odisea.

—Ahora, quisiera trasladarme a San Diego cuanto antes.

—¿Sabe que se encuentra a más de trescientas millas de San Diego?

—No tengo la menor idea.

—Ahora mismo dispondré que se prepare un helicóptero para trasladarle a usted rápidamente a San Diego.

El general cumplió su palabra y media hora más tarde hacía Dave su entrada en el Cuartel General del Geste.

La actividad en aquel sitio era sencillamente inenarrable.

—El profesor Hamilton no lo podrá recibir—le dijo un capitán, el cual intentaba cerrarle el paso.

—Soy un superviviente de la operación. “Piloto”.

Aquellas palabras fueron nuevamente una clave que allanó todas las dificultades.

Acompañado por el propio capitán fue conducido a un amplio despacho, donde el profesor Hamilton estaba reunido con algunos jefes del Ejército.

El capitán anunció a nuestro amigo y todos volvieron la cabeza con viva curiosidad.

— ¡Querido Dave!—exclamó el profesor, adelantándose a recibir a nuestro amigo—. ¡El cielo le trae de nuevo junto a nosotros!

Los dos hombres se abrazaron emocionadamente.

Un nuevo personaje se destacó del grupo y vino a estrechar sonriente la mano de Dave.

—¡General Ellington!

— ¡Enhorabuena, Dave! ¡No sabe cuánto me alegro de que haya podido escapar de la muerte! Su labor y la de todos los demás miembros de la operación “Piloto” ha sido de un valor inapreciable. Merced a ello hemos podido destruir una gran parte de la flota enemiga y el pronóstico de la actual batalla que se libra en Tierra no nos es desfavorable.

Dave se congratuló de oír aquellas palabras y explicó brevemente lo que les había sucedido.

—¿No ha conseguido salvarse nadie más?—preguntó.

—Tenemos varias comunicaciones de puestos más o menos alejados—respondió Hamilton—. Grey es quien se encarga de ese asunto. Tiene un marcado interés en hacer una relación exacta de los que han conseguido salvarse—sonrió el profesor.

En aquel momento se abrió la puerta del despacho y sonó un grito.

—¡Dave!

Nuestro hombre se volvió hacia la puerta y vio a Grey, que llevaba unos papeles en la mano y lo miraba con ojos hinchados por el llanto.

—¡Grey!

La hermosa muchacha se lanzó como impelida por un resorte a los brazos de Dave y ambos se fundieron en un tierno abrazo, sin importarles la presencia de cuantos allí estaban reunidos.

CAPÍTULO IX

EL amanecer trajo los albores de la victoria para las fuerzas de los Estados Unidos que combatían en tierra firme.

Centenares de miles de cadáveres sembraban la costa en una extensión de cientos de millas.

La mayor parte de los barcos atacantes habían sido hundidos y los demás dispersados, no atreviéndose a ponerse al alcance de las baterías de proyectiles cohetes.

El litoral de la costa del Pacífico, desde San Diego hasta Trinidad, estaba sembrado de cadáveres como jamás se viera cosa igual en la historia de la Humanidad.

La muerte había galopado durante treinta horas por aquellas orillas, dejando tras los cascos de su caballo un reguero de sangre y vidas segadas.

Algunos de los soldados asiáticos que habían conseguido profundizar unas cuantas millas en territorio americano luchaban con fría determinación, sin que su inferioridad les hiciera detenerse.

—¡Esos hombres son unos suicidas!—exclamó el general Ellington—. Sus jefes debían darse cuenta de que han perdido la partida y no sacrificar a sus hombres tan cruelmente.

—El ejército de Yablonoi Khan es un ejército de “robots”—intervino Dave—. Todos ellos llevan puesto uno de esos malditos aparatos anuladores de la conciencia humana. Pude comprobarlo cuando puse el pie en la playa.

—Sólo así se comprende tan testaruda obstinación —suspiró e1 general.

Este diálogo se desarrollaba en el propio despacho del general, donde una pantalla de enormes proporciones televisaba la batalla.

Las fuerzas del ejército de los Estados Unidos ocupaban buenas posiciones a lo largo de un frente de unas tres millas y disparaban con terrible eficacia sus armas contra los atacantes.

Estos avanzaban a pecho descubierto y cada palmo de terreno era regado con un verdadero río de sangre.

Dos horas más tarde apenas si quedaban unos cuantos miles de asiáticos que se movían tercamente sobre, una mar de muertos.

—No puedo resistir más la contemplación de esa carnicería—dijo con voz sorda el general.

Se puso en comunicación con el jefe que mandaba aquel sector y

le dio orden de salir de sus posiciones e intentar hacer prisioneros a aquellos desdichados.

Con un movimiento táctico perfecto salieron los soldados de sus trincheras y envolvieron a los atacantes.

Las distancias se fueron acortando y en un brioso cuerpo a cuerpo consiguieron reducir a los enemigos, no sin tener que luchar denodadamente con cada uno de ellos.

Durante una hora fueron llegando los partes al Estado Mayor. La invasión había sido rechazada, quedando muertos o prisionero los atacantes.

La más profunda satisfacción se dibujaba en todos los rostros.

¡La primera gran batalla contra las huestes de Yablonoi Khan había sido ganada!

—¡Es una lástima que no podamos pasar a la ofensiva, aprovechando esta victoria!—suspiró el general.

—De todos modos, esto nos da un respiro para prevenirnos contra el próximo ataque—dijo Hamilton—. Estoy trabajando en un nuevo dispositivo que nos permitirá interferir la onda electromagnética con la cual se anula la voluntad de esos hombres. El profesor Carneggie me ha comunicado que ya ha comenzado la construcción del prototipo.

Esa sería un arma definitiva—dijo Ellington—. El hecho de que ese diabólico Yablonoi Khan tenga que dotar a su ejército de semejante instrumento nos demuestra que los hombres no van voluntariamente a la lucha. ¡Si conseguimos anular los efectos de esos monstruosos aparatos!...

Pero algo iba a suceder que haría inútil todo esto.

Un oficial se presentó en el despacho.

—¿Qué sucede, coronel?

—Hay un prisionero que quiere hablar con Dave Rodney—dijo.

—¿Un prisionero?—preguntó Hamilton extrañado.

—¿Sabe algo de eso, Dave?—preguntó el general.

—Ni la menor idea, mi general.

—¿Tiene inconveniente en hablar con él delante de nosotros?

—Ninguno, mi general.

—Traiga al prisionero a nuestra presencia—ordenó Ellington.

El coronel volvía poco después acompañado de un hombre de raza asiática, en cuyo rostro se veía el cansancio y un cierto aire de desesperación.

—Se presentó voluntariamente a nuestras fuerzas del sector catorce—-informó el coronel.

Dave miraba con atención al extraño individuo y, de pronto, se escapó un grito de su garganta.

—¡¡Booda Sim!!

El hombre sonrió amargamente y avanzó unos pasos, hasta situarse frente a nuestro amigo.

—Tu humilde servidor—dijo haciendo una pequeña reverencia.

—¿Quién es este hombre?—preguntó el general.

—Soy el Jefe Científico de los ejércitos de Yablonoi Khan—se presentó Booda Sim.

Aquellas palabras causaron enorme expectación entre los concurrentes.

—¿Qué quieres de mí?—preguntó Dave, el cual no salía de su asombro.

El indio guardó silencio durante unos segundos y finalmente tomó la palabra con acento grave y reposado.

—Un simple grano de trigo puede dar paso a una espléndida cosecha si es buena la tierra donde se siembra.

—Explíquese—ordenó Ellington.

—Hace algún tiempo tuve el honor de tener como huésped al profesor Dave Rodney—continuó el asiático—. Escuché de sus labios palabras[3] que fueron apoderándose de mi conciencia. El hombre no ha nacido para destruir y el progreso científico no puede ser un instrumento de la Muerte.

—¿Y siendo así es por lo que ha mandado a sus hombres a esta horrible carnicería?—saltó Hamilton.

—No. Yo ya no pude detener su marcha. Pero es por ello por lo que he venido con esos desdichados para revelar un gran secreto.

—Habla, Booda Sim—dijo Dave.

—Los sueños de Yablonoi Khan son sueños de destrucción y de muerte. Mi mente científica olvidó los sabios principios que nos legó el Todopoderoso, emborrachada por los grandes medios que se ponían a mi alcance para el desarrollo de la ciencia pura. Durante muchos años he vivido ciego a las llamadas de la conciencia. Ya es hora de rectificar.

—¿De qué secreto querías hablarnos?—insistió Dave.

Booda Sim cerró los ojos y se tambaleó ligeramente.

Uno de los ayudantes del general le acercó una silla y Booda tomó asiento.

—He comprendido que Yablonoi Khan y su siniestro poder deben ser destruidos—dijo Booda,

—¿Puedes decirnos el modo en que podamos conseguirlo?—preguntó Dave.

Booda tenía alguna dificultad en hablar y movió la cabeza afirmativamente.

—¡Hable, por lo que más quiera!—apremió Ellington.

—Todo el poder de Yablonoi Khan reside en Urga, la capital del fantástico imperio del Conquistador del Mundo. ¡Hay que destruir

esa ciudad maldita!

—Pero eso es imposible—intervino Dave—, La nube de neutrones superlentos nos impide atacarla con explosivos atómicos.

Booda levantó una mano para indicar que le dejaran continuar.

—El generador de esa energía se detendrá a las cinco de la tarde durante una hora. Yo mismo preparé las cosas para que sucediera así—dijo Booda

Sim con visible esfuerzo—. Entonces... es el... momento para...

Booda Sim no pudo concluir la frase. Se inclinó hacia un lado y cayó al suelo pesadamente.

Dave se plantó a su lado dé un salto y le cogió la cabeza entre sus manos.

El indio abrió los ojos y miró a nuestro amigo Una amarga sonrisa apareció en sus labios.

—No podía... soportar... el horror que pesa... sobre mi conciencia. La muerte es... una liberación.

Dobló la cabeza y quedó inmóvil.

—¡Ha muerto!—exclamó Dave.

Hamilton miró el cadáver de Booda Sim con detenimiento y dio su diagnóstico.

—Se ha envenenado—dijo brevemente.

El general se puso en pie.

—No podemos perder tiempo. La muerte de este hombre da fe de la sinceridad de sus palabras. ¡Intentaremos la destrucción de Urga

CAPÍTULO X

EN el Estado Mayor reinaba una tensión insostenible;

Tres proyectiles con carga atómica de hidrógeno habían partido por encima del océano con dirección a Urga.

El sismógrafo había acusado las explosiones, pero faltaba la confirmación de que habían estallado sobre el objetivo previsto.

Una escuadrilla de aviones-cohete había partido para confirmar el éxito o fracaso de la operación.

—Ya es hora de que vuelen sobre esa ciudad de la Mongolia— dijo el general, reprimiendo malamente la emoción de su voz.

Pasaron cinco minutos más antes de que se oyera una voz en el aparato receptor.

—Aquí, jefe de la escuadrilla de reconocimiento. Aquí, jefe de la escuadrilla de reconocimiento.

—Al habla el general Ellington—dijo éste asiendo con fuerza el micrófono.

—En este momento volamos sobre Urga.

—¿Qué ha pasado? ¡Diga!— bramó el general.

—Objetivo cumplido. Urga ha desaparecido del mapa.

Un ¡hurra! formidable salió de todas las gargantas.

Como si se hubieran vuelto locos se abrazaron mientras gritaban llenos de emoción y contento.

En aquel momento entró Grey en la habitación. Dave salió a su encuentro y la abrazó con enorme fuerza contra su pecho.

— ¡Hemos destruido el poderío del Conquistador del Mundo! —le dijo Dave—. ¡La paz vuelve a tender sus alas sobre este desdichado mundo!

— ¡Loado sea Dios!—exclamó la muchacha.

De pronto, Dave se puso serio.

—Sólo hay una cosa que empaña la alegría de estos momentos...

Grey no lo dejó acabar.

—No existe esa cosa, querido. Acaban de comunicarme del sector número nueve que Lester y todos los miembros de la tripulación del submarino, incluído su comandante, se encuentran a salvo en el puesto de mando del sector.

La alegría que le produjo la noticia casi hizo que le estallara de gozo el corazón.

—Por cierto que hay un raro mensaje del comandante del

submarino para ti. Dice: “Se alquilan huecos en el infierno por no haber llegado viajeros que tenían anunciada su visita.” ¿Tú comprendes esto, Dave?

Nuestro héroe lanzó al aire una alegre carcajada.

—El mismo te lo explicará dentro de unas horas. ¡Es uno de los tipos más formidables que he conocido!

Los dos enamorados juntaron sus labios y se olvidaron por un instante de los trágicos momentos que vivían en la Tierra.

FIN

Notas

[←1]

Véase: EL CONQUISTADOR DEL MUNDO. En la misma colección.



Véase: EL CONQUISTADOR DEL MUNDO. En la misma colección.



Véase: EL CONQUISTADOR DEL MUNDO. En la misma colección.

INDICE

Págs.

ROBERTO ALCAZAR
Y
PEDRIN

LAS AVENTURAS DE UN DETECTIVE
ESPAÑOL Y SU AYUDANTE
son conocidas por todos los buenos catadores
de aventuras gráficas.

SI USTED... no las conoce
Y GUSTA DE ESTE TIPO DE PUBLICACION
SE LAS RECOMENDAMOS
si no gusta de esta dase de aventuras
con ilustraciones
RECOMIENDELA

al chico que desee
pues se trata de la colección más
EMOCIONANTE Y SINGULAR DE
CUANTAS
SE PUBLICAN EN ESTE GENERO

Creada por

EDITORIAL VALENCIANA

NUNCA EL EXITO

de una publicación ha sido tan verdad como el logrado por las

AVENTURAS DE
Y U K I
EL TEMERARIO

Historia de un piel roja que luchó por su honor y por el de su tribu.

LOS CHIRICAUAS

defendiendo sus derechos y tradiciones.

Los títulos publicados:

YUKI EL TEMERARIO
TAM TAM DE GUERRA
LA LEY DEL LATIGO
INVASION INDIA
ODIO DE RAZA
LA SOMBRA DE YUKI
JUGANDO CON LA MUERTE
EL PUENTE TRAGICO
APARECE "TORO BRAVO"
LA CELADA DE LOS NAVAJOS

GARANTIZAN EL GRAN EXITO CONSEGUIDO POR ESTAS INTERESANTES AVENTURAS GRAFICAS

Creación de

COLECCIÓN LUCHADORES DEL ESP

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

1. **—El enigma de los hombres planta, *George H. White*.**
2. **—El azote de la humanidad, *George H. White*.**
3. **—La ruta de Marte, *Larry Winters***
4. **—Expedición al Éter, *Larry Winters*.**
5. **—Fugitivos en el Cosmos, *Larry Winters*.**
6. **—Avanzadilla a la Tierra, *Larry Winters*.**
7. **—Amor y muerte en el Sol, *Mike Grandson*.**
8. **—Fymo, nuevo Mundo, *Joe Bennett*.**
9. **—Tierra de enigmas, *Joe Bennett*.**
10. **—Asteroide maldito, *Joe Bennett*.**
11. **—Operación cefeida, *Profesor Hasley*.**
12. **—El Atom S-2, *George H. White*.**
13. **—El coloso en rebeldía, *George H. White*.**
14. **—La bestia capitula, *George H. White*.**
15. **—El Enigma Cósmico, *Profesor Hasley*.**
16. **—Extraño Visitante. *George H. White*.**
17. **—Más allá del Sol, *George H. White*.**
18. **—Los hombres de Alfa, *Profesor Hasley*.**
19. **—Entropía, *Profesor Hasley*.**
20. **—Marte, el enigmático, *George H. White*.**
21. **—¡Atención... Platillos volantes! *G. H. White*.**
22. **—Raza diabólica, *George H. White*.**
23. **—Un astro en el camino, *C. Aubrey Rice*.**
24. **—Intruso sideral, *Profesor Hasley.***
25. **—Llegó de lejos, *George H. White.***
26. **—Cuando el monstruo ríe, *Alf. Regaldie.***
27. **—Heredó un mundo. *George H. White.***
28. **—Desterrados en Venus, *George H. White.***
29. **—La legión del Espacio. *George H. White.***
30. **—Bolas Blancas de Yereblu, *C. Aubrey Rice*.**
31. **—La Ciudad Submarina, *Red Arthur.***
32. **—Pánico en los espacios Siderales, *Karel Sterling.***
33. —**El mundo sumergido, *Profesor Hasley.***
34. **—Base Sakchent núm. 1, *Profesor Hasley.***
35. **—Sosias infernales, *Karel Sterling.***
36. **—Gan-X, C. Aubrey Rice.**
37. **—«Ellos» están aquí, *George H. White*.**
38. **—El enigma de C.O.E., *Profesor Hasley.***
39. **—La gran amenaza, *Profesor Hasley.***
40. **—Los mares vivientes de Venus, *Karel Sterling.***
41. **—¡Piedad para la Tierra!, *George H. White.***
42. **—Despertar en la tierra, *Larry Winters.***
43. **—El mundo perdido, *Larry Winters.***
44. **—La sinfonía cósmica, *Profesor Hasley.***

1. **——El hombre de ayer,** ***Profesor Hasley.***
2. **—Lance King: Pionero del tiempo,** ***Karel Sterling.***
3. **—La muerte flota en el vacío, C.** ***Aubrey Rice.***
4. **—Cuarta dimensión,** ***Profesor Hasley.***
5. **—¡¡Luz sólida!!,** ***George H. White.***
6. **—Hombres de Titanio,** ***George H. White.***
7. **—¡Ha muerto el sol!,** ***George H. White.***
8. **—Exilados de la Tierra,** ***George H. White.***
9. **—El imperio milenario,** ***George H. White.***
10. **—Topo-K, Profesor Hasley.**
11. **—El fin de la «Base Titán»,** ***Profesor Hasley.***
12. **—Pasaron de la Luna, C.** ***Aubrey Rice.***
13. **—La amenaza tenebrosa,** ***J. Negri O'hara.***
14. **—El gran fin, J. Negri O'hara.**
15. **—Intriga en el año 2.000,** ***Profesor Hasley.***
16. **—El extraño Profesor Addington,** ***Profesor Hasley***
17. **—Sin noticias de Urano,** ***C. Aubrey Rice.***
18. **—Acción inaudita,** ***C. Aubrey Rice,***
19. **—El horror invisible,** ***Karel Sterling*****.**
20. **—Más allá de Plutón,** ***Profesor Hasley*****,**
21. **—La revancha de Zamok.** ***Profesor Hasley.***
22. **—Situación desesperada,** ***C. Aubrey Rice.***
23. **—El experimento del Dr. Kellman,** ***J. Negri O'hara.***
24. **—Los habitantes del astro sintético,** ***Eduardo Texeira.***
25. **—Los muertos atacan,** ***Profesor Hasley.***
26. **—La última batalla,** ***Profesor Hasley***
27. **—1958: Objetivo Luna,** ***Karel Sterling.***
28. **—La amenaza de Andrómeda,** ***Robin Carol.***
29. **—El silencio de Helión,** ***Robín Carol*****.**
30. **—Ventana al Infinito.** ***J. Negri O'Hara.***
31. **—El Planeta errante.** ***Karel Sterling*****.**
32. **—Regreso a la patria.** ***George H. White*****.**
33. **—Lucha a muerte,** ***George H. H. White*****.**
34. **—Cautivos del Espacio,** ***Joe Bennett*****.**
35. **—Vacío siniestro.** ***Joe Bennett*****.**
36. **—Detrás del Universo.** ***Karel Sterling*****.**
37. **—¡Karima!, Profesor Hasley.**
38. **—Él bosque petrificado.** ***Profesor Hasley*****.**
39. **—Energía Z.** ***Profesor Hasley*****.**
40. **—Fantasmas siderales,** ***Karel Sterling*****.**
41. **—El túnel transatlántico,** ***Profesor Hasley*****.**
42. **—El mundo subterráneo.** ***Profesor Hasley.***
43. **—Entre Marte y Júpiter,** ***Joe Bennett*****.**
44. **—Separación Asteroidal.** ***Joe Bennett*****.**
45. **—Náufragos del Universo,** ***Joe Bennett.***
46. **—La Isla de otro mundo,** ***Eduardo Texeira.***
47. **—El tiempo desintegrado.** ***Karel Sterling*****.**
48. **—El conquistador del mundo,** ***Prof. Hasley.***
49. **—El ejército sin alma.** ***Prof. Hasley*****.**

¿Qué diabólica amenaza representaba para la Tierra el profesor Harland?

¿Qué poderes ocultos poseía aquél pseudocientífico que se decía mensajero de Marte?

¿Era, realmente, un visionario, como afirmaba la policía de Scotland Yard, o el genio capaz de descifrar los avisos del «más allá»?

Sólo hubo un hombre que creyó en los

MENSAJES DE MUERTE

Y esta certeza le llevó a convertirse en un horrible monstruo propagador del virus que exterminaría a la Humanidad.

KAREL STERLING

les transportará a escenarios jamás presentidos y les hará experimentar un escalofrío de horror en cada página de esta su última novela, obra maestra del género.

MENSAJES DE MUERTE

es la obra que usted no puede dejar de adquirir y que en su próximo número presentará la acreditada Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. *Precio: 6 pesetas*